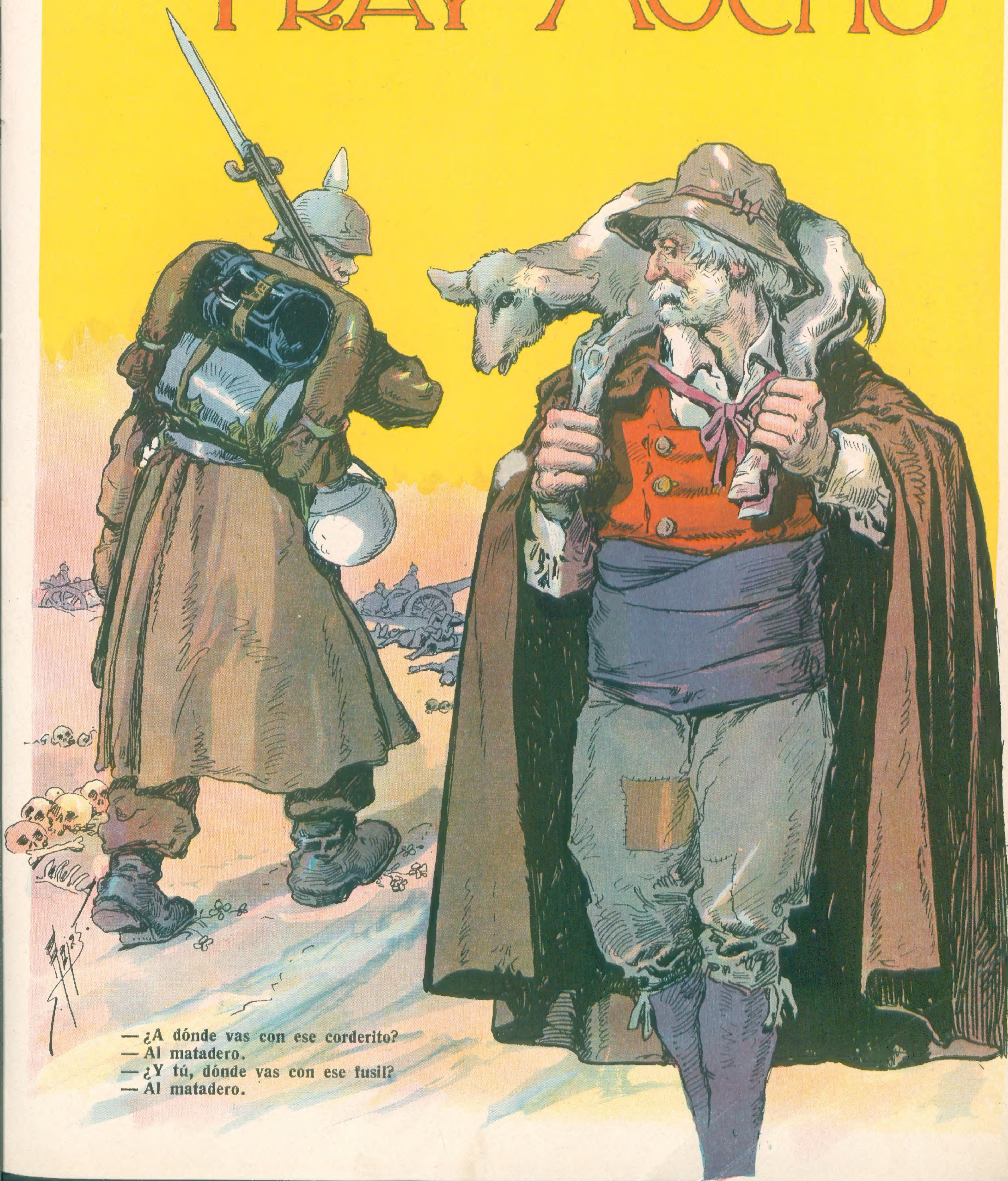
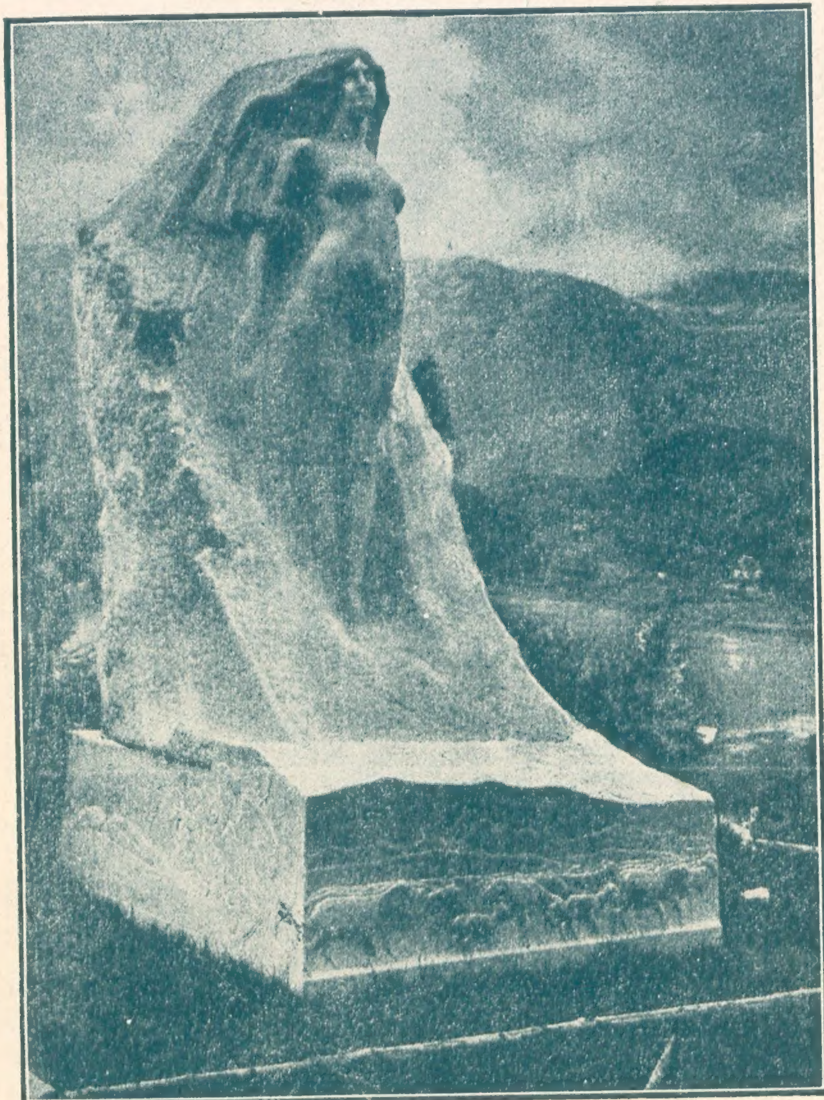
FRAY MOCHO



—¿A dónde vas con ese corderito?
—Al matadero.
—¿Y tú, dónde vas con ese fusil?
—Al matadero.



UN POCO DE ARTE



Monumento al pintor italiano Segantini, obra del escultor Bistolfi, levantado en St. Moritz, Suiza, en medio de un grandioso paisaje.



En las poblaciones invadidas.—Un notable dibujo del conocido artista francés Luis Morin.

FRAY MOCHO

Año VII — Buenos Aires, 18 de abril de 1918 — Núm. 312

Con el eslabón

Enrique José Varona, el más prestigioso de los escritores cubanos y el que más influencia tiene en la orientación intelectual de la juventud de su patria, acaba de publicar una colección de pensamientos, algunos de los cuales constituyen el presente artículo, que, podría decirse resumen su credo y las ideas que son su alta y tesonera prédica desde hace cerca de cuarenta años.

No busques la verdad en lo que un hombre dice, sino en lo que hace.

Debemos ir siempre adelante, pero volviendo con frecuencia la cabeza hacia atrás. Esta es la noción que tengo del progreso humano (1874). Lo malo es que muchos se han quedado con el cuello irremisiblemente torcido (1917).

Leo todos los días anuncios de hábilidosos quirománticos, echadores de cartas y demás de la misma secta; y sé los siglos que llevan operando sin anunciarse. Recuerdo después los que lleva el cristianismo combatiendo a estos miríficos embaucadores y quedo encantado de la eficacia de esta vieja religión. Pienso de seguida en todo lo que ha tomado la iglesia a esos ensalmadores, como signos de cruz, unciones, aspersiones; y en todo lo que éstos han tomado a aquélla; y comprendo, y me siento edificado.

Todo lector lleva dentro de sí un taumaturgo. De tres líneas cualesquiera hace un versículo de evangelio.

Sobre los pueblos de Hispano América han caído dos plagas que ni las siete de Egipto. La una se compone de alimañas feroces por fuera y mansas por dentro: el caudillo. La otra de alimañas mansas por fuera y feroces por dentro: el picapleitos.

—Hice un favor a X.
—Bueno. Pues hazte otro a tí mismo. Olvídalo.

El hombre es atisbador por naturaleza. Lo que cambia es su campo de observación. Unos miran por el ocular de un telescopio; otros por el ojo de una llave.

¿Reformas políticas? ¿Por qué no? Al enfermo le parece que se alivia cuando cambia de postura.

¡La gran reforma social! Una con la cual se logre que el dar sea dar y no comprar.

Los beocios eran para los helenos lo que los gallegos para los españoles y los bolonios para los italianos. Menandro decía de ellos: son todo quijada. Nuestra refinada civilización ha ido a parar a este exquisito concepto de la vida social: la nación, todo ejército; el ejército, todo quijada. Los biólogos lo llamarían atavismo, y el vulgo, salto atrás.

Rigurosamente histórico. Una señora pregunta a una criada que solicita acomodo:

—¿A quién puedo pedir informes de usted?

La criada:

—Y ¿quién puede darme informes de la señora?

¡Oh, legistas! Ved dónde ha ido a refugiarse el puro concepto del contrato.

La caricatura de parlamentarismo que se encuentra en algunos países bárbaros, nos hace muchísima gracia, a nosotros los civilizados. En los "palabres" de Cafrería, cuando un orador se desmanda, el jefe se limita a arrojar su maza delante de él, y el orador enmudece.

—¿En Cafrería, dice usted?
—Sí, señor, en Cafrería.

Jacopo Ortis se consolaba de sus desdichas "col divino Plutarco". ¿Divino? El hombre menos superhombre que ha existido. Metido en su humanidad hasta las cejas. Jamás se sintió alas ni en sueños. La mediocridad elevada a la quinta potencia, eso era el divino Plutarco.

Decía Catón, no sé si para inculpar o exculpar a César, que por primera vez se había visto entonces desbaratar la república con sobriedad y prudencia. Patético reconocimiento de las excelencias del método.

—El sol del honor alumbrará nuestra miseria—decía un glorioso guerrero.
—Y por las noches, la luna de Valencia,—le replicaba un escéptico.
¿No fuera mejor dejarnos de astronomías y cultivar nuestras lechugas?

Ante los espantosos cataclismos de la naturaleza, el hombre siente su impotencia y se resigna. Pero ante esa furiosa obcecación que está devastando palmo a palmo las mejores comarcas de la Europa archicivilizada, lo que se siente es la inmensidad de la estulticia humana. Y la resignación le sabe a uno a complicidad.

Por donde los hijos salen pintiparados a los padres. Los españoles desgobernaron a su sabor las Américas; pero escribieron, es decir, pusieron sobre el papel, las leyes de Indias. Nos encontramos nosotros ante un conflicto pavoroso; en el acto ponemos sobre el papel un reglamento.

Los grandes políticos se pasan la vida desatando nudos gordianos, que los pequeños políticos vuelven en seguida a atar. Y se eterniza el embrollo.

Para hacernos tragar la amarga píldora de la guerra, se la llama escuela de heroísmo. Conviene repetir que la vida civil ofrece mucho más campo a la abnegación. Sólo que aquí el resorte es siempre la humanidad; y en la guerra lo es la ambición de un príncipe o el triunfo de un sistema.

Los espíritus hipnotizados por el prestigio de lo pasado creen que el arte se estancó en Grecia, o en Roma o en Florencia. No advierten lo que ha enriquecido la capacidad humana de sentir y ver, ni lo que se han afinado sus medios de expresión. Lo más del arte antiguo se va en balbucear y repetir.

Aplicación de la mitología a la organización política. El Estado único poseedor, el Estado despensero universal, el Estado omnipotente organizador. Porque el Estado, ¿no conoce usted el Estado?, posee todas las aptitudes y todas las perfecciones. Es sabio, gran economista, arbitrista insigne, justo, equitativo, sin acepción de personas. Amén.

Lo que trinan los doctores de la política contra los indiferentes en política! Como si la experiencia de lo que hacen cuantos dirigen ese cotarro y cuantos lo forman y cuantos ayudan a formarlo, no constituyera el mejor estimulante de la indiferencia.

El diagnóstico de las enfermedades que no saltan a la vista, como saltan las de la piel, me hace algo así como el efecto de los campos de la Luna: "Mare Nectaris", "Oceanus Procellarum", "Crater Copernicus". Porque es lo que me pregunto con cierto recelo: ¿hay allí tal mar, tal océano, tal cráter?

Oigamos el bordón alemán. Acaba de decir el profesor Plange que el ideal político de su pueblo va más allá de la simple democracia. "Es la libertad organizada por cooperación". Traduzcamos. Reglamentación bajo el ojo vigilante de un buen jefe. La libertad del cuartel suavizado por el falansterio.

Enrique José VARONA.

EL NIÑO DE LA ESCOPETITA DE JUGUETE



Uno de los crímenes de la invasión en Bélgica, representado por un artista francés.

La libreta

La pulpería de don Juan Antonio Martínez, poéticamente denominada por su dueño: "La Nueva Esperanza", quizá en homenaje a anteriores descalabros, era la más acreditada de todas las casas de negocio brotadas a veinte leguas alrededor.

Muchos eran los bolicheros, y bastantes también los comerciantes de regular capital, que se habían gastado las uñas en la infecunda tarea de hacerle competencia. Don Juan Antonio, regordetón y risueño hijo de las costas cantábricas, se reía de esos inútiles esfuerzos, conteniendo con admirable diplomacia a los clientes buenos que hubieran podido tener veleidades de saldar definitivamente sus cuentas, y dejando irse, sin un gesto, a los clientes dudosos a quienes "La Verde de Espinosa", o "La Blanca de Lissagaray", o "La Colorada de Fulánez" ofrecían libreta...

¡Tener libreta!, es decir, cuenta abierta en la casa de negocio, poder sin dar un peso en efectivo, durante todo el año, de esquila a esquila, sacar de la casa todo lo necesario a la manutención de la familia y a la administración del rebaño; comestibles y maderas, vicios, ropa, calzado, remedios, muebles y utensilios y el antisárnico para curar las ovejas, y las tijeras para esquilarlas, o las herramientas para mover la tierra, y los aperos y monturas, todo, en fin; y también, de cuando en cuando, poder girar contra la casa un valecito por algunos pesos, para sueldo de algún peón conchabado en un momento de apuro, o para algún viaje al pueblito y hasta la platita para satisfacer los caprichos de la patrona, loca siempre por comprar al mercachifle, napolitano o turco ambulante, despreciado y odiado más que temido competidor de la casa establecida, algún cachivache de lata niquelada, o cinco metros de género estrambótico.

¡Ah! ¡Si lo viniera a saber don Juan Antonio! ¡Vaya!, venirle a pedir plata prestada para gastarla con mercachifles: capaz de cerrar la libreta y de dejarlos plantados; y, entonces, ¿cómo esquilamos? Pues en tiempo de esquila, la pulpería es el banco que adelanta dinero para todos los gastos.

¡No tengan ese cuidado! Don Juan Antonio Martínez, puede ser que se haga el enojado, pero no es tan tonto como para cerrar una libreta segura, en medio del año, cuando ya le deben mucho, y que se viene acercando justamente la esquila; pues sería lindo que, por una nimiedad, permitiese que viniera otro a quedarse con el cliente o con la lana, teniendo él, después, que correr detrás de su plata. No; él sabe que hay que dejarle soga al redomón, para que no corte, y que, si el nudo es bueno, la huasca fuerte y el poste seguro, no hay peligro.

Y el palenque de don Juan Antonio es seguro, pues es el de la necesidad. La soga es la libreta.

En el patio interior de la pulpería se ha parado un carrito, lo maneja el hijo mayor de misia Tomasa, buen muchacho, quien, hace poco, ha dejado sus estudios en la escuela del pueblito; ha aprendido a leer y ya puede escribir—orgullo de sus padres—unas cartas que, por lo claro, parecen una conversación por gestos. Algo se ha olvidado del lazo, pero pronto lo volverá a conocer.

Don Juan Antonio se precipita; a gritos, llama a los dependientes; pide un banco, un cajón, para que se bajen del carrito misia Tomasa, una señora muy gorda, y dos de sus hijas: Ceferina, en toda la flor de sus diez y siete años, cuyos morenos encantos no sufren de la ausencia del corsé, siéndoles, sí, fatales, el corte tosco del vestido de percal muy relavado, las medias mal estiradas en los botines a la crimea, enormes y sin lustrar, y el pañuelo de algodón floreado que le tapa toda la cabeza, dejando apenas pasar el relampagueo de sus ojos; y Concepción, una niña de trece años pintona, como dicen entre dientes, allá en un rincón, dos viejos gauchos mirones.

Trabajoso, el desembarco de doña Tomasa, mientras los perros que han venido con ella, empeñan con los de la pulpería una conversación a rezongos y ladridos roncos, precursores de cercanas luchas.

Don Juan Antonio, con amable sonrisa, remite a misia Tomasa una libreta nueva, que lleva, para no desperdiciar nada, su propio precio, en el primer renglón, y al haber, una bonita cantidad de pesos; sobrante del importe de la lana que compró él y ya realizó.

Y empieza el delicado trabajo de volver a atar suavemente la soga al bozal, sin hacer corcovear al cliente.



La única manera de despertarlo.

(De "Life").

—¿A cómo me vende el azúcar?—pregunta, antes de todo, doña Tomasa, instalada en una silla, cerca del mostrador.

—Se la pondremos a 0.45 el kilo, este año, señora. Hacemos este nuevo sacrificio para nuestros clientes.

Y aunque parezca mentira, es un sacrificio; pero, en trampa sin cebo, no se caza pajarito.

Y después de conquistada así la buena voluntad de doña Tomasa, hace bajar de los estantes los artículos que pide, y otros muchos que no necesita; le llena los ojos con el relumbrón de las piezas de percal y de los pañuelos de seda, la abomba con incesante palabreo, le hace rebajas y, galante, le regala un abanico japonés de diez centavos, y otro a Ceferina, y a Concepción un paquetito de caramelos, y apunta, apunta y apunta.

Ahora, cada dos o tres días, vendrá el muchacho, con las maletas a buscar las mil cosas que, para comer y vestirse necesita la familia.

El marido de doña Tomasa no dejará de venir, él también de vez en cuando, a jugar un partido y convidar a los amigos; y en la duda de cuántas copas son, siempre se apuntan algunas más, y la libreta se va llenando de garabatos, de manchas sangrientas, y de sumas cada vez más abultadas.

Cada mes, es cierto, el carro de la pulpería pasa por el rancho, a alzar los cueros o la cerda, y también se apuntan en la libreta; pero don Juan Antonio apunta entonces lo menos posible, ya que es al haber; y como el muchacho, aunque diga, no revisa nada, los cueros resultan casi todos de epidemia o pelados.

De modo que la libreta también se hincha tanto que, por poco que pinte mal el año, le empieza a entrar recelo al mismo pulpero. El cliente, él, no se asusta por tan poca cosa.

Por su parte, los competidores ofrecen al esposo de doña Tomasa precios altos por la lana; y don Juan Antonio, para no perder un parroquiano que, al fin, no está todavía fundido del todo, y para asegurar su crédito, no vacila en comprarla a cualquier precio.

Queda, asimismo, una cola que sólo se podrá liquidar con la venta hipotética de novillos o capones que, quizás, engorden; y cuando, poco a poco, la libreta se haya comido, después de lo gordo, los animales al corte; después del rédito, el capital, entonces llegará el momento oportuno del ahorcamiento final, pues siempre se debe degollar con tiempo la oveja moribunda, para que siquiera el cuero resulte un poco mejor.

Y al cliente arruinado que le venga a decir humildemente: —¿Podremos seguir con la libretita, patrón?—contestará don Juan Antonio Martínez:

—Amigo, vea: ¿por qué no le ve a Fulánez?

Godofredo DAIREAUX.

Vicente Escobar

Vicente Escobar, el fino dibujante que por espacio de varios años nos ha deleitado con sus espirituales dibujos con que día a día ornó las columnas de "Ultima Hora", ha caído el viernes pasado para no levantarse más. Español de nacimiento, Escobar se había compenetrado tanto de nuestra alma, había profundizado tanto a nuestros hombres y nuestras costumbres, que su esfuerzo podía considerársele argentino.

Espíritu activo y reposado, a la inversa de muchos otros, el estudio y la perseverancia fueron sus normas de vida; la honradez y el personalismo fueron sus virtudes artistas. Conoció los halagos de la fama, pero no significaron para él más que nuevos motivos que le obligaban a estudiar más y más, a sobrepasarse siempre, a elevarse sin descanso sobre sí mismo.

Así como en el dibujo a pluma hecho en minutos con la premura exigida por la implacable información diaria, Vicente Escobar logró hacerse notar en el arte pictórico, al que dedicó muchas horas de su vida, en su incesante afán de llegar siempre más allá.

Pero, como suele suceder, su espíritu enamorado de las excelsitudes de la belleza, no halló casi en su querido hogar la tranquilidad y la dicha que le eran necesarias. La parca fría fué arrebatándole uno a uno varios de sus más caros seres y él mismo, luego de tanto sufrir con los dolores de los suyos, fué atacado por traicionero mal que lo venció por fin, llevándolo a la región ignota en que le precedieron aquellos que más amaba.

El sepelio de los restos de Escobar fué una de las oportunidades en que más cálidamente fueron puestos de manifiesto los afectos que ligan a los que forman la gran hermandad del periodismo.



ÚTIL ES UN ANUNCIO CUANDO AL LECTOR SE LE PRESENTA LA OPORTUNIDAD DE ADQUIRIR ARTÍCULOS A PRECIOS COMO LOS DE ESTA PAGINA.

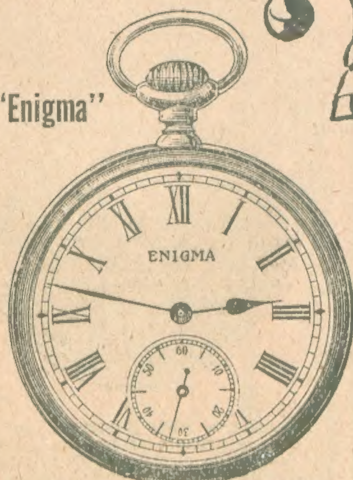
HEMOS INICIADO NUESTRA

PRIMERA FERIA

A PRECIOS REDUCIDOS

NADIE DEBE DEJAR DE VISITAR NUESTRA ENORME EXPOSICIÓN DE ARTÍCULOS EN NUESTROS SALONES DE VENTA.

"Enigma"



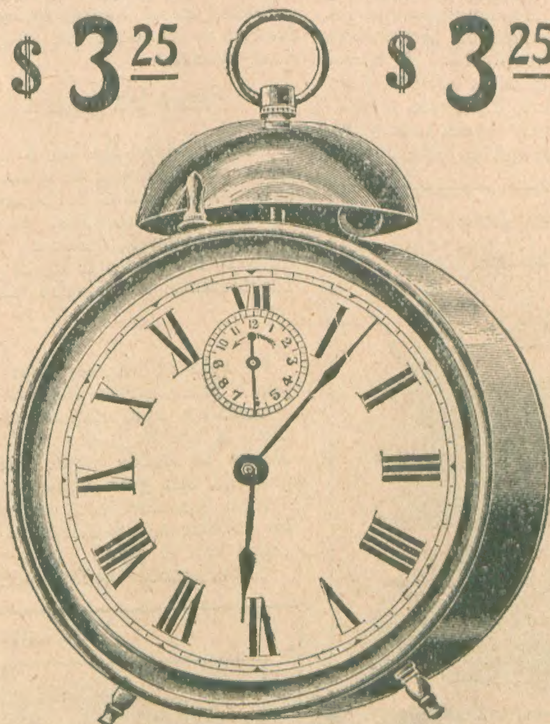
ACERO O NIQUEL, a vidrio . . . . . . $ 4.—

"Mysteria"

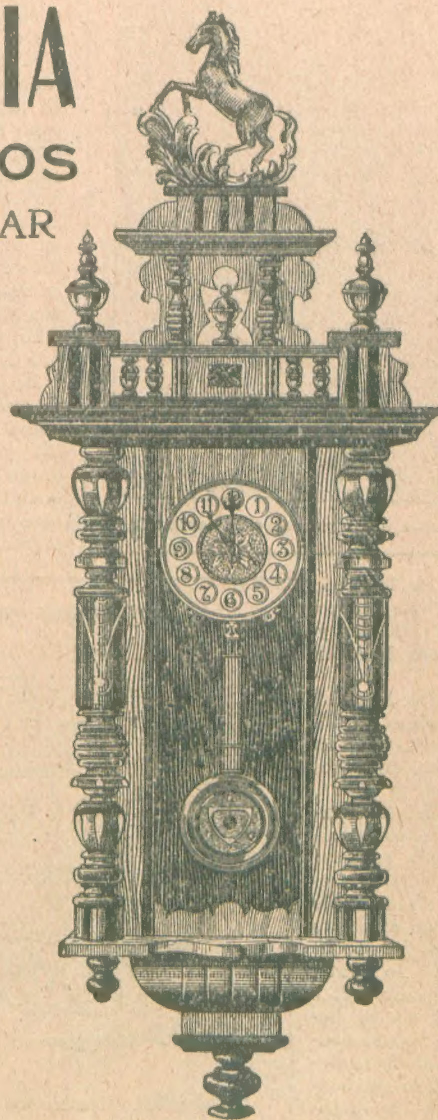


PARA HOMBRE O NIÑO, acero o níquel, a vidrio, a. . . . . $ 6.—

$ 3.25 $ 3.25



DESPERTADOR, caja niquelada, con esfera muy visible, de 10 centímetros de diámetro, a. . . . . $ 3.25



DE PARED, tallado, 1 metro de alto, tocando horas y medias, 8 días de cuerda, a. . $ 23.50



Casa Escasany. S. A.



JOYERIA Y RELOJERIA

TUCUMAN — BUENOS AIRES: PERÚ esq. RIVADAVIA — MAR DEL PLATA (RAMBLA)

Para las dueñas de casa

LOS ACEITES

El aceite de olivas es el más conocido de los aceites comestibles, porque estamos acostumbrados a su uso en la ensalada. Esto no quiere decir que sea el mejor. No es hecho con las olivas verdes (aceitunas) que se consumen en la mesa, sino de frutos que han madurado en el árbol. El de mejor calidad es el que se obtiene de un primer prensado, poco enérgico, de las olivas; es el llamado ''aceite virgen''. Luego las olivas son sometidas a nuevas presiones cada vez más fuertes. De las primeras se saca un aceite de inferior calidad pero comestible; de la última, un aceite que se emplea en la fabricación de jabón.

DE LA VIDA INTENSA



Su esposa.—Puedes bajarlo cuando quieras, Jacinto. Era sólo para ver cómo quedaría aquí. Lo compré para ponerlo en el otro piso.

El aceite de olivas es muy sensible a los olores extraños, por lo que conviene tenerlo alejado de cualquier substancia de olor fuerte. El de mejor calidad es de color amarillo de paja o amarillo de oro y de sabor ligeramente dulce y un poco semejante al de la nuez. El menos rico es de un color verdoso.

El aceite llamado de algodón procede del prensado de las semillas de algodón; es primitivamente de color obscuro, pero se le entrega al comercio después de refinado, y en este estado posee color amarillo, semejante al del limón. Este es el de la mejor clase, pero en otra clase, un poco inferior, se presenta más obscuro. El tercer aceite que se extrae de las semillas es parduzco; no sirve para la alimentación pero sí para la fabricación de jabones.

El aceite de coco, poco conocido, se obtiene de la carne seca de los cocos que producen en abundancia las palmeras tropicales. El aceite crudo se emplea en la comida, pero cocido solamente. La grasa o manteca de coco, muy usada industrialmente, es una clase de este aceite; cuando es fresco, apenas tiene olor o gusto; se solidifica y es entonces de color blanco.

DE VUELTA AL HOGAR



Recuerdos de la guerra para la familia.

El aceite de maní tiene muchas de las buenas cualidades del aceite de algodón y del de olivas. No sólo es bueno para uso de mesa, sino también especial para la cocina. Generalmente se le mezcla con el aceite de olivas porque el público no está acostumbrado a él y acaso si no se generaliza más su consumo se debe al hecho de que en ocasiones los productores consiguen mayor rendimiento de la venta del maní entero que de su aceite.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Un soldado alemán con licencia vuelve a su casa.

PARASITOS DE LAS AVES DE CORRAL

Para exterminar los parásitos de los nidos o incubadoras, se procede así: Se vacía un huevo y luego se le introduce una esponjita muy seca, reducida a la forma cilíndrica enrollándola mientras está húmeda y luega dejándola secar en esta posición. Hecho esto se la impregna bien con esencia de eucalipto. Se tapa con cera las aberturas del huevo. Se coloca el huevo así preparado entre los demás que se incuba y se le deja con ellos durante todo el proceso de la incubación. Las emanaciones de la esencia, que pasan a través de la cáscara, bastan para ahuyentar los parásitos del nido.

Un curioso método de destrucción de parásitos consiste en colocar por la noche en el gallinero una rama de olivo. A la mañana siguiente estará llena de parásitos. No hay más que quemarla y repetir la operación al día siguiente.

Se extermina también los parásitos de las aves de corral lavando los animales, las jaulas, los nidos, etc., con una solución de 500 gramos de sulfato de magnesia en 4 o 5 litros de agua.

La fumigación con azufre es útil para el mismo objeto: en un recipiente cualquiera se pone un puñado de polvo de azufre y se echa encima algunas brasas. Se cierra por completo el gallinero—por supuesto que desocupado de las aves—y se deja cerrado durante algunas horas. Luego se ventila y se aplica a las paredes una mano de cal.

MOSTAZA INGLESA

La mostaza inglesa se prepara con 200 gramos de mostaza blanca, 200 gramos de mostaza negra, 200 gramos de azúcar, 1 litro de vino clarete y 100 gramos de vinagre fuerte. Se diśuelve el vinagre en el vino caliente añadiendo la corteza de un limón. Se agrega la mostaza, agitando la mezcla y se tiene dos días en maceración.

LAVADO DE FOULARDS

Para lavar ''foulards'', aun los teñidos con colores delicados, se procede de esta manera: se sumerge la tela en agua fría; una vez embebida se enjabona rápidamente con jabón ordinario adicionado de un poco de alcohol perfumado. En seguida se enjuaga el foulard con abundante agua fresca; se comprime ligeramente entre las manos; se envuelve en un lienzo blanco y se comprime de nuevo varias veces, de modo que resulte casi seco. Entonces se plancha inmediatamente, cubriéndolo para ello con otro lienzo fino, de modo que la plancha no toque nunca a la seda. Esta operación hay que ejecutarla rápidamente, pues por poco que se abandone la pieza en el agua o envuelta en el lienzo, se forman franjas o manchas que luego no desaparecen.



La señorita Abby Morrison, de Nueva York, la primera mujer que desempeña el puesto de electricista de primera clase en la marina de guerra de los Estados Unidos.

VINO DE QUINA

El vino tónico de quina se prepara con 50 gramos de corteza de quina, 100 gramos de alcohol de 60° y 1 litro de vino. Se pone el alcohol con la quina en una botella; al cabo de 48 horas de maceración, durante las cuales se agita de cuando en cuando, se añade el vino y se agita fuertemente. A los ocho días está ya a punto.

EL APIO

El apio es una legumbre de las más saludables que una dueña de casa puede presentar en las comidas.

Comamos apio cuantas veces tengamos ocasión; calma los nervios, y si se toma a tiempo, evita un dolor de cabeza, ya sea nervioso, ya neurálgico. Nunca se deben dejar fuera las raíces que serán utilizadas en la hora propicia con gran ventaja.

Esta legumbre está muy recomendada para los que sufren de gota y para los artríticos. Un célebre doctor inglés se ufana de haber curado el reumatismo con el apio.

Experimentos hechos por este médico práctico, han demostrado que toda afección reumática desaparece después de usar apio en abundancia.

UN IMPACIENTE



—No; Carlitos, no tendrás caramelos; hay que esperar que termine la guerra para tener azúcar; ya te lo dije esta mañana.

—¡Hace tres horas que estoy esperando!

REFRANES

Cada uno va a su avio, y yo al mío.

El avariento, do tiene el tesoro, tiene el entendimiento.

El mal pajarillo, la lengua tiene por cuchillo.

El que te dice la copla no te la hace.

Dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios.

Reniego de bestia que en invierno tiene siesta.

¡Ay abuelo, sembrásteis alazor, y naciónos anapelo!

Achaques el viernes, por no le ayunar.

Los hijos de Marisabidilla, cada uno en su escudilla.

Efectuamos actualmente en nuestra Casa Central una extraordinaria exhibición de artículos para Hombres. — El surtido que se expone es verdaderamente notable como calidad y como extensión.





1—**ORIÓN** de castor peloso y velour, modelo de gran moda, en colores gris avellana, marrón, verde, plomo, gris fer, azul o negro, a $ 15 y pesos

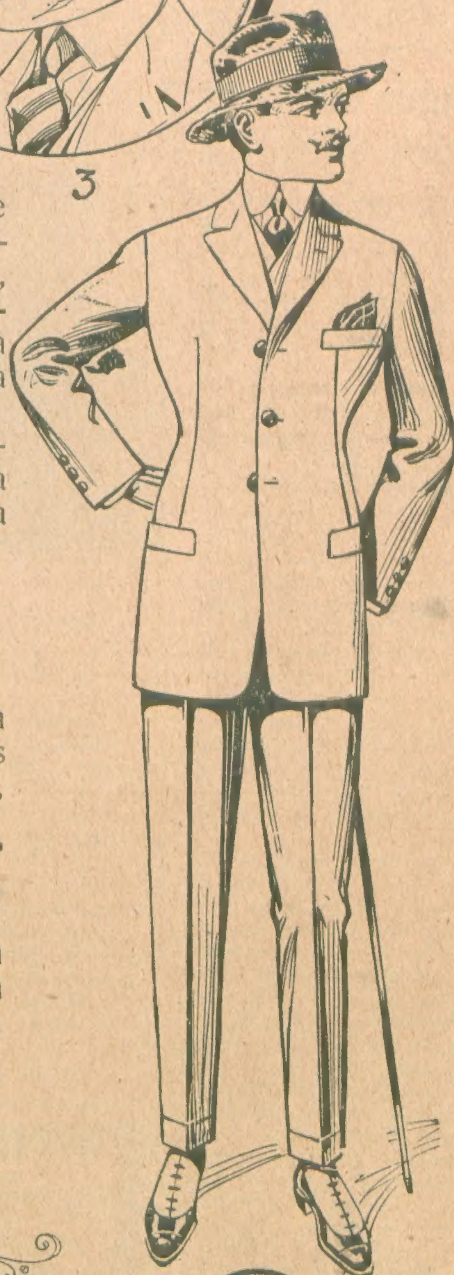
12.50

2—**ORION** de castor, en fieltro mixto y peloso, de la famosa marca "Borsalino", en colores gris claro, avellana claro, plomo o gris fer, a pesos

17 50

3-**ORIÓN** de castor, calidad muy fina, extra liviano, copa baja de rigurosa moda, en colores gris, habano, oliva o negro, a pesos

12.50



TRAJE completo, confeccionado en casimir inglés de fina calidad, forros especiales, modelo de moda, a $ 90, 85, 80, 75, 70, 65, 60, 50, y.................. $ **45.--**

TRAJE completo, confeccionado en casimir inglés de calidad extra, en colores fantasía, forros especiales, a $ 90, 85, 80, 75, 70, 60, 50 y.............. $ **45.--**

THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

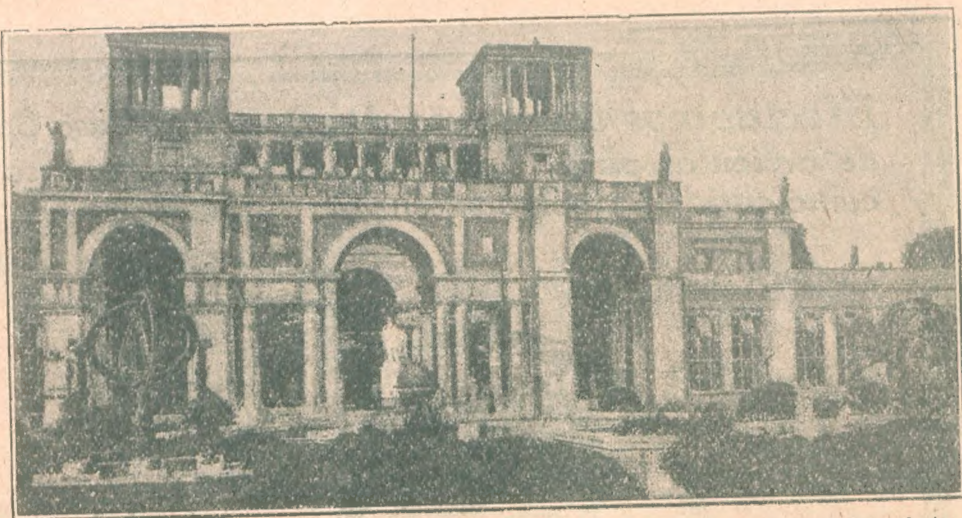
CASA CENTRAL: FLORIDA esq. CANGALLO



Otro ejemplo de la misma costumbre

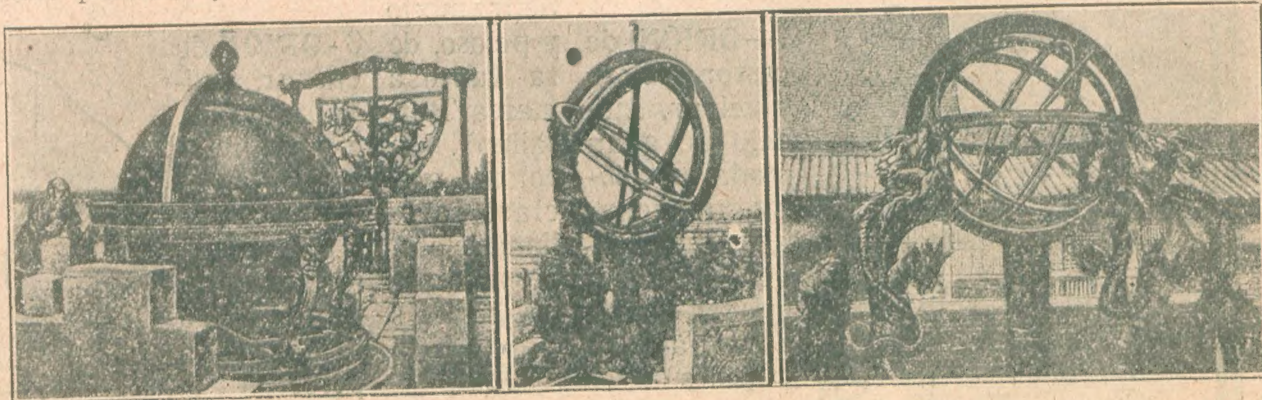
Cuando los soldados de diversos países reprimían en China la rebelión de los boxers, allá por el año 1900, se produjeron saqueos y robos de tesoros artísticos, cometidos por oficiales de diversas naciones. En las murallas de Pekín había un observatorio que contenía valiosos instrumentos astronómicos. Estos instrumentos habían sido ideados en Francia, construídos en Francia y llevados a China hacía centenares de años por los jesuítas. Consistían en grandes globos, esferas armillares, astrolabios y grandes círculos divididos para la medición de ángulos del firmamento, todos de tamaño heroíco y fundidos en bronce macizo. Ocho o nueve de ellos fueron desmontados por oficiales alemanes y franceses de las fuerzas expedicionarias y enviados a Europa una vez vencida la rebelión boxer.

El general Adna R. Chaffee, jefe de las fuerzas expedicionarias norteamericanas, no sólo impidió todo saqueo en la parte de territorio de su jurisdicción, sino que protestó enérgicamente contra el ilegal secuestro de los aparatos astronómicos ante el general alemán conde von Waldersee. Este señor había llegado después de sofocada la rebelión, lo mismo que los soldados alemanes que no tomaron parte activa en la lucha, pero sí en el saqueo.



Tres de los instrumentos astronómicos robados en China, instalados en los jardines del palacio imperial de Potsdam.

Cinco de los instrumentos astronómicos fueron enviados a Alemania y tres a Francia. El gobierno francés se negó a recibir ese producto del saqueo y los devolvió a China donde poco después fueron instalados en sus sitios primitivos. ¿Devolvió el gobierno alemán los instrumentos que no le pertenecían? ¡Qué esperanza! ¿Esos cinco instrumentos fueron colocados en el Museo de Berlín? No. ¡Fueron instalados en los jardines del propio palacio del kaiser, en Potsdam! Y allí frente al pabellón llamado "Sans Souci", propiedad particular del kaiser, puede éste gozar "sans souci" la contemplación del producto del robo. A este respecto es tan deficiente el sentido de la honestidad, que dos astrónomos alemanes enviaron a un colega norteamericano un saludo de Navidad en tarjetas postales que contenían una vista de los jardines en que están esos instrumentos.



Los instrumentos astronómicos cuando estaban en las murallas de Pekín.

El parnaso del régimen

El lector hallará más abajo una muestra de las correrías que los del "oprobioso", solían llevar al campo poético, hace la friolera de cuarenta y seis años.

Como en la vida todo se paga, también llegó la expiación de tales desmanes, y junto con el "plebiscito" les fué impuesta a aquéllos, como digno castigo, la literatura de la regeneración, que actualmente redime sus culpas.

Por lo demás, sólo es de desear, a través del cuasi medio siglo transcurrido, que los endecasílabos hayan sido leves a la "bella Anita".

He aquí la joya que el diario "La Tribuna" publicara en su edición del 22 de octubre de 1872:

A ANITA...

Era un niño:—quince años no tenía
Y una imagen de amor fingió mi mente
Y que adoré con ciega idolatría
En mi entusiasmo juvenil y ardiente.

Era bella;—su negra cabellera,
Hermoseaba su rostro alabastrino;
Era esbelta, como cisne que se mece,
En las ondas del lago cristalino.

Sus formas tentadoras, seducían.
Embriagaba su aliento perfumado;
Y a solo su mirada, febriciente
Mi pecho palpitaba enamorado.

Yo con ella soñé, como Petrarca
Soñaba con su Laura y su belleza!
Como Abelardo amaba a su Eloísa,
Como Espronceda amaba a su Teresa.

Una tarde de estío, encantadora,
Bella Anita, te ví por vez primera,
Y violento latió mi corazón
Al mirarte tan bella y hechicera.

Desde entonces, tu imagen me persigue
Do quiera que yo voy, niña adorada,
Y al eco de tu voz dulce y sonora,
Se estremece mi alma enamorada.

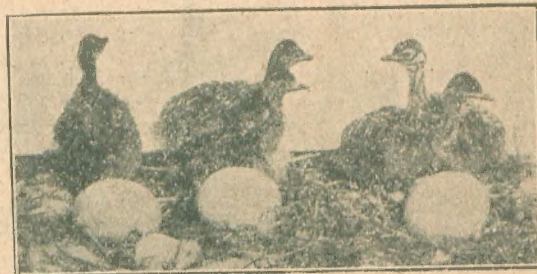
Desde entonces la imagen ilusoria,
Que adoró mi mente con locura,
No la recuerdo ya;—pues a ti sola
Es que adora mi pecho con ternura.

Ignacio D. Irigoyen.

Avestruces de incubadora

Una simple incubadora de huevos de gallina puede servir para incubar huevos de avestruz, según lo demuestra un experimento realizado en una escuela de ganadería norteamericana.

Varios huevos de avestruz, cada uno de los cuales



pesa tanto como 20 huevos de gallina, permanecieron en la incubadora durante 42 días, al cabo de los cuales nacieron cinco pichones de avestruz, todos en excelentes condiciones vitales.

El éxito del experimento sugiere el empleo del mismo método para la explotación comercial de la cría de esos animales.

Un arado barato

El armazón de una bicicleta vieja fué convertido fácilmente en armazón de un arado de mano, como se ve en la fotografía, sin más modificación que la de dar vuelta los manubrios. La rueda de hierro de una carretilla



fué ajustada en el lugar de la rueda de atrás de la bicicleta, y una hoja de acero, fácil de obtener, puesta en el eje donde estaban los pedales, sirvió como reja para abrir la tierra.

Cuento viejo

Cierto hombre ganaba dos pesos y estaba tan contento y feliz, que era el asombro de cuantos le trataban. Un abogado con ribetes de filósofo quiso apreciar de cerca aquel portento, se fué a verle y le preguntó:

—¿Cómo se arregla usted para ser feliz?

—Muy sencillo—dijo el otro.—Cumplo con mi deber, a nadie ofendo y siempre me río de mí mismo.

—¿Usted gana tan sólo dos pesos?

—Nada más.

—¿Y tiene familia?

—Bastante.

—¿Y le alcanza tan escaso jornal?

—Con él mantengo mis obligaciones, pago deudas atrasadas, pongo dinero a rédito y aun tiro por la ventana.

—¿Es posible? ¿Está usted en su juicio?

—Pues usted verá: mantengo mis obligaciones, porque mi casa todos vivimos con mis dos pesos; pago deudas atrasadas, porque mantengo a mis padres; pongo dinero a rédito, porque sustento a mis hijos que me sostendrán a mí cuando viejo; y, en fin, tiro dinero por la ventana, porque mantengo a mis hijas, que el mejor día se casarán y... si te he visto no me acuerdo.

CRUELES REPRESALIAS



El aviador enemigo deja caer en una aldea alemana un jamón de "papier maché".

VELOCIDAD DEL SONIDO

El sonido se transmite con la velocidad de 400 metros más o menos por segundo. Sin embargo, hay algunas excepciones que conviene tener en cuenta: el sonido del escándalo tiene una velocidad de 1000 metros, el de la adulación 500 metros, el de la verdad 2 metros y el de un timbre de alarma, apenas medio metro.

Propaganda de la Cruz Roja

Dos gigantescas estatuas, que representaban a una enfermera de la Cruz Roja y a un soldado norteamericano herido, fueron la característica de una reciente campaña de propaganda realizada en Boston por la Cruz Roja. Estas estatuas, de 18 pies de



altura y fabricadas de "papier maché" sobre armazón de hierro, y con uniformes de paño, fueron colocadas en la principal avenida de la ciudad. Al registrarse 10.000 adherentes nuevos a la Cruz Roja, se hacía recorrer a las estatuas un trecho de la avenida, deslizándolas sobre cilindros.

Las sorpresas de los negocios

Un sueldo monstruo

Sabíamos que la importante casa del señor P. A. Hardcastle, constituye una de las más altas instituciones comerciales establecidas en la República Argentina; sabíamos, también, que a causa del enorme desarrollo alcanzado por las múltiples operaciones, de diversa índole, que dicha casa viene realizando, y muy especialmente de las que se refieren a los automóviles de la Willys Overland, de Estados Unidos, de cuyas grandes fábricas es agente general en la América del Sur, el referido señor Hardcastle, se había visto obligado a ocupar con sus oficinas y exposiciones de coches, la totalidad del edificio situado en la Plaza de Mayo, por cuya nave central solamente, abonó la Bolsa de Comercio, cuando estuvo instalada en él, 14.000 pesos mensuales de alquiler; pero lo que no sabíamos, ni nunca podíamos imaginarnos, es que el señor Hardcastle tuviese empleados a quienes paga nada menos que cien mil pesos anuales, por concepto de sueldo. Y así es, en efecto: el ingeniero señor Eduardo Rochette, que renunció un alto puesto en la Villys Overland, para cooperar en los negocios con el señor Hardcastle, es el empleado a que nos referimos y cuya asignación retributiva tal vez no sea superada en el país por ninguna otra gestión de carácter personal.

La enorme proporción del sueldo que nos ocupa, constituye un dato altamente sugestivo por cuanto indica claramente hasta dónde alcanzan las proyecciones de los negocios que se realizan entre nosotros, no obstante las circunstancias creadas por la guerra.



Señor P. A. Hardcastle, una de las figuras de nuestro alto comercio, que impávidamente asigna a sus empleados sueldos anuales de cien mil pesos.



Ingeniero señor Eduardo Rochette, brazo derecho del señor Hardcastle y feliz mortal que percibe, en concepto de sueldo, la bagatela de cien mil pesos por año.



Señor R. T. Williams, uno de los principales miembros de la Willys Overland, bajo cuya dirección se halla el departamento de exportación, que acaba de visitar la agencia general en Buenos Aires, a cargo del señor Hardcastle.

RIMERO LÍRICO

ASI...

Cierra los ojos al futuro. A tientas
avanza como yo, seguro el paso.
No te venzan las dudas del fracaso
ni te arredre el rigor de las afrentas.

Cuando cansada estés, mi brazo fuerte
te servirá de apoyo en la jornada,
y llegaremos a la cumbre ansiada...
en donde al fin nos vencerá la muerte.

Pero no importa; la razón serena,
el paso firme, el corazón sin pena
cumplamos de una vez nuestro destino,

dejando con la planta dolorida
una huella inmortal de nuestra vida
sobre las calaveras del camino!

VOLVÁMONOS ATRÁS...

Volvámonos atrás; inútilmente
hemos dado este paso hacia el futuro.
Buscaba nuestra fe puerto seguro
y no lo hemos hallado fatalmente...

Volvámonos atrás; a aquellos días
en los que da comienzo nuestra historia,
y sin otra ambición, sin otra gloria
vivamos entre locas alegrías.

Mas querer desandar lo que está andado
es un sueño imposible, un sueño creado
bajo la fiebre de una mente insana...

Y pues aun detenernos fuera en vano,
dame la mano, Mía, y de la mano
traspongamos la cumbre del Mañana!

QUIERO REIR

En vano quiero reir... En vano quiero
participar de toda la alegría
que emana de las cosas este día
voluptuoso y fragante de febrero.

Y es porque mi espíritu que añora
su cautiverio en otra vida muerta,
tras un sueño fantástico despierta
y ya despierto en el silencio llora.

Y así pasan los días y los años...
Siguiendo los caminos más extraños
mi juventud derrocho de tal suerte,

que no sé si marchando tan de prisa
guardo el caudal sonoro de mi risa
para el supremo instante de mi muerte!

José M. BRAÑA.

El gran silencio blanco

—Carmen no vivirá más de dos días.

Al decir esto, Mason escupió un pedazo de hielo y contempló al pobre animal con expresión desolada; luego acercóse a la boca una de las patas del perro y se puso a romper, con los dientes, el hielo acumulado entre los dedos.

—Jamás he encontrado un perro con un retumbante nombre de ópera que valga un centavo—agregó, terminando su trabajo y empujando al animal a un lado.—¿Se ha visto acaso que resulte malo un perro que lleva nombre razonable, como Cassiar, Seivash o Husgy? Ahí está, por ejemplo, Shookum; ese sí que es un...

El animal dió un salto y estuvo a punto de alcanzar con sus agudos dientes el cuello de Mason.

—¡Ah!, ¿con qué quieres morder?, ¿eh?

Un certero golpe con el mango del látigo dió al perro detrás de la oreja y lo tendió palpitante sobre la nieve.

—Decía que ahí está Shookum; ese sí que tiene vigor; apuesto a que antes de terminar la semana se habrá comido a Carmen.

—Te hago otra apuesta:—replicó Malamute Kid dando vuelta al pan puesto delante del fuego para deshelarlo—y es la de que antes de terminar el viaje nos comeremos a Shookum. ¿Qué le parece, Ruth?

La joven india se ocupaba en preparar el café poniendo en él un pedazo de hielo; su mirada se dirigió de Malamute Kid a su marido, luego a los perros; pero dejó sin respuesta la pregunta de Kid. Era una verdad tan evidente que no valía la pena agregar nada. La perspectiva de recorrer doscientas millas en territorio cubierto de nieve en la que había que abrirse camino y seis días de escasos alimentos para ellos y ninguno para los perros, no permitía otra alternativa. Los dos hombres y la mujer se agruparon junto al fuego y comenzaron su pobre comida. Era la parada del mediodía. Los perros permanecían con los arneses puestos y miraban con envidia cada bocado que sus amos se llevaban a la boca.

—Ya no volveremos a comer en el día—observó Malamute Kid.—Hay que vigilar a los perros; se están poniendo huraños.

—Y pensar que en otro tiempo era yo presidente en Epwort y daba lecciones en la escuela dominical.

Después de haber dejado escapar estas palabras que no tenían ninguna relación con el presente, Mason se sumergió en una especie de contemplación de sus botas humeantes.

—Gracias a Dios tenemos una abundante provisión de té. ¡Oh!, yo mismo lo he visto cosechar en el Tennessee. ¡Cuánto daría por tener en este momento un poco de maíz tostado! No importa, Ruth, no tendrás que sufrir de hambre por mucho tiempo.

La tristeza de la mujer se desvaneció al oir estas palabras y de sus ojos partió una prolongada mirada de amor para su señor y amo—el primer hombre blanco que ella había visto—el primer hombre que ella había visto tratar a una mujer un poco mejor que a un animal de trabajo.

—Sí, Ruth—continuó su marido, recurriendo a la jerga que le permitía entenderse con su mujer—una vez que haya arreglado mis asuntos nos iremos a un país muy hermoso. Tomaremos la canoa del hombre blanco e iremos al Lago Salado. Se viaja durante diez, veinte, cuarenta días, siempre por agua, pero al fin se llega a una aldea muy grande donde hay mucha gente y los mismos mosquitos que el año pasado. Y "wigwams" (casas) muy altas, como diez pinos, como veinte pinos. ¡Hi! ¡Hi!

Se detuvo, como impotente para expresarse, dirigió una mirada suplicante a Malamute Kid y, con el gesto hizo como si colocara veinte pinos uno sobre otro. Malamute sonrió con expresión de incredulidad, pero los ojos de Ruth se abrían asombrados.

—Y luego entras en un... cajón y vas de viaje muy ligero. ¡Paf!: llegas. Vas a Fort Jukon y yo a Artic City... veinte días de distancia... y hay unos cordones largos, largos... Yo tomo un cordón y digo: "¡Hola!, Ruth, ¿cómo te va?" Y tú dices: "¿Es mi querido marido?" Yo contesto: "Sí".



Ruth sonrió tan ingenuamente al oir ese cuento de hadas que los dos hombres rieron de buena gana. Una pelea entre los perros interrumpió el relato de las maravillas de su residencia futura, y cuando se consiguió separar a los encarnizados combatientes, Ruth había ajustado ya las correas de los trineos y todo estaba listo para la partida.

Mason empleó el látigo vigorosamente, y como a los perros costara demasiado esfuerzo arrancar, empujó al trineo con un largo bastón que le servía para dirigirlo. Ruth siguió con el segundo trineo, dejando a Malamute Kid que la había ayudado a partir, formar la retaguardia con el tercero. Aunque Kid era hombre de extraordinaria fuerza, capaz de derribar un buey de un solo golpe, no podía soportar que golpeasen a los pobres animales y se conformaba a sus caprichos con una complacencia rara en un conductor de trineos; cuando los animales sufrían, lloraba con ellos, por decirlo así.

—Caminen, caminen, pobres animales de patas doloridas—iba murmurando.

Se habían acabado las charlas. Abrirse camino en la nieve es penoso trabajo que no permite la menor de las distracciones, y de ese trabajo penoso, el peor es el del camino del Northland, más allá del río Jukon, en Alaska.

A cada paso los zapatones palmados se hunden en la nieve que llega hasta la rodilla; se debe entonces levantar el pie, muy derecho, hasta la superficie—una simple desviación de un cuarto de pulgada puede provocar un desastre—y dar un paso hacia adelante; luego el otro pie debe ser levantado perpendicularmente hasta medio metro de altura y así sucesivamente.

La tarde pasó con un sentimiento de temor causado por ese gran silencio blanco; los viajeros continuaban su penosa labor sin proferir una palabra. La naturaleza tiene mil maneras de recordar al hombre que es mortal y para convencerlo de ello: el flujo y reflujo incesantes del mar, el furor de las tempestades, los temblores de tierra, los truenos; pero la más prodigiosa, la más estupenda de todas es esa frase pasiva del gran silencio blanco. Cesa todo movimiento; el cielo se aclara y adquiere tonos cobrizos; el menor murmullo parece una especie de profanación. El hombre entonces se vuelve tímido y se asusta del ruido de su propia voz. Unica chispa de vida en medio de esa pavorosa inmensidad de un mundo muerto, tiembla de su audacia y comprende que su vida es la de un gusano y nada más. Se presentan a su mente extrañas ideas y le oprime el misterio de todas las cosas. El temor de la muerte, de Dios, del Universo, se apodera de su ser. Entonces el hombre va realmente solo con Dios.

El día transcurrió así. El río hacía una gran curva y Mason dirigió su trineo por el camino más corto a través de una estrecha faja de tierra; pero los perros no pudieron franquear el talud que se alzaba delante de ellos. En vano Ruth y Malamute Kid empujaban el trineo: los perros resbalaban sin cesar. Entonces vino el esfuerzo en común: los animales, agotados por el hambre, dieron en un solo esfuerzo toda la energía que les quedaba, y, penosamente, el trineo llegó a lo alto; por desgracia, el perro que iba adelante, se inclinó hacia la derecha, dió el mismo impulso a los que le seguían y la fila tropezó con los patines de Mason. El resultado fué desastroso: Mason perdió el equilibrio, uno de de los perros cayó y el trineo se derrumbó hasta el pie del talud, arrastrando todo consigo.

El látigo cayó cruelmente sobre los perros, y en particular sobre el que primero había rodado.

—¡Basta, Mason!—exclamó Malamute Kid, suplicando—el pobre animal apenas puede pararse; espera que coloque mi tiro para ayudarlos.

Deliberadamente Mason se contuvo mientras hablaba su compañero; pero apenas terminó éste su frase, el látigo hendió de nuevo el aire y cayó otra vez sobre el perro culpable. Carmen—era él—se dejó caer en la nieve, aulló dolorosamente y dió una vuelta a un lado.

Fué un momento trágico, un triste incidente del camino: un perro iba a morir y los dos compañeros estaban airados. La mirada de Ruth, dirigíase solícita de uno al otro lado; pero, Malamute Kid se contuvo, aunque con un reproche inmenso en sus ojos; luego se agachó y cortó las correas que sujetaban al perro. Ni una palabra interrumpió el si-

lencio. Agregaron los perros de otro trineo, y, vencida la dificultad, emprendieron la marcha, mientras el animal moribundo se arrastraba como podía detrás de ellos.

Ya arrepentido de su cólera, pero demasiado terco para repararla o disculparla, Mason se situó en la delantera, sin sospechar que un gran peligro se acercaba. En el terreno bajo y abrigado que en ese momento cruzaban, había muchos grandes árboles entre los cuales tuvieron que abrirse camino no sin mucho trabajo. Un pino inmenso se elevaba a cincuenta pies del camino. Estaba allí desde hacía muchas generaciones y durante largos años el destino lo había conservado para un fin determinado; acaso había decretado la suerte de Mason...

Este se agachó para ajustar la correa de una de sus botas; los trineos se detuvieron un instante y los perros se acostaron en la nieve. El silencio era impresionante. Ni un soplo pasaba a través del bosque, rígido por las nevadas. Algo como un suspiro recorrió el espacio; lo sintieron más bien que oirlo; era como el precursor de un movimiento en medio de esa inmovilidad, de ese vacío. Entonces el gran árbol, doblado por el peso de los años y de la nieve, desempeñó su papel en el drama de la vida. Al oir el crujido siniestro y significativo, Mason quiso levantarse; ¡era demasiado tarde! Y recibió casi de pie, el golpe formidable que cayó sobre sus hombros.

¡Cuántas veces Malamute Kid se había visto frente de un peligro semejante de una muerte súbita! Temblaban aún los ramajes de los pinos rozados por el árbol caído cuando ya Kid estaba de pie, ordenando, procediendo. La joven india no se desmayó ni se entregó a lamentaciones inútiles como hubieran hecho en semejante caso sus hermanas blancas; por orden de Malamute, se echó con todo el peso de su cuerpo sobre el extremo de una palanca improvisada a fin de disminuir la presión aplastadora del árbol caído, mientras Malamute cortaba la madera a hachazos.

Por fin Kid pudo acostar sobre la nieve esa masa que se retorcía de dolor y que, momentos antes, era un hombre; pero había algo más emocionante que el dolor del compañero y era la muda angustia del rostro de la joven y su mirada interrogante en la que se mezclaban el temor y la esperanza. Apenas cambiaron pocas palabras. Con una temperatura de veinticinco grados bajo cero un hombre no puede permanecer mucho rato tendido sobre la nieve, sin morir. Las correas que aseguraban la carga en el trineo fueron cortadas prontamente, y el herido, envuelto en pieles, fué colocado sobre una cama de ramas, junto a un fuego hecho con la madera del mismo árbol que había caído sobre el infeliz. Colocaron detrás de él un pedazo de gruesa tela, especie de pantalla primitiva que recibía las irradiaciones de calor y las trasmitía al herido.

Los hombres que han visto a menudo la muerte de cerca, saben cuándo les llega su hora. Mason estaba horriblemente herido; tenía rotos el brazo derecho y la pierna del mismo lado; la parte inferior de su cuerpo parecía paralizada, sin contar serias lesiones internas más que probables. Sólo, de rato en rato, un gemido indicaba que vivía todavía.

Nada había que hacer ni nada que esperar. La noche se acercaba poco a poco. Ruth permanecía allí, presa de la desesperación estoica de su raza. En la cara bronceada de Malamute Kid se reflejaba una intensa preocupación. En realidad, Mason sufría menos que ellos; volvía a ver en la memoria las escenas de su infancia, en medio de las altas montañas del Tennessee, y era conmovedor oirle recordar en su delirio los recuerdos de la patria por tanto tiempo olvidada.

Hacia la mañana, el herido recobró el conocimiento y Malamute Kid se inclinó para oir sus palabras débiles y entrecortadas:

—¿Te acuerdas cuándo nos unimos en el río Tanana? Harán cuatro años en la primavera próxima. Entonces no me preocupaba mucho de ella; pero era linda y yo sentía una excitación que me decidió. Más tarde he reflexionado mucho. Ha sido siempre una buena mujer para mí, siempre pronta a ayudarme en los momentos difíciles. ¿Te acuerdas cuando nos salvó a los dos de la muerte en aquel peñasco de las cataratas del Moosehoon? ¿Y cuando el hambre de Muklukyeto?, ¿cuando corrió más ligera que las aguas del deshielo para traernos la noticia? Sí; ha sido para mí una buena mujer, mejor que la otra. ¡Ah!, ¿no sabes que yo he estado allí? ¿no te lo dije nunca? Sí, fué en los Estados Unidos... nos habíamos criado juntos... Me fuí para darle una ocasión de divorcio. Ella lo obtuvo. Pero eso no tiene nada que ver con Ruth. Quería arreglar de una vez mis asuntos para irme el año próximo a vivir con ella al sud del Jukon... pero es demasiado tarde... No la devuelvas a los suyos, Kid. Sería muy doloroso para una mujer volver allí. Durante seis años ha vivido de carne de cerdo, legumbres, harinas y frutas secas; no podría volver a su pescado salado. ¡Cuídala, Kid!... siempre has tenido miedo de las mujeres y jamás me has dicho por qué has venido a estas tierras. Sé bueno con ella; envíala a los Estados Unidos cuando puedas, pero arregla las cosas de manera que ella pueda volver adonde están los suyos si siente la nostalgia de su tierra natal. ¿Y el niño?... llegará pronto, Kid. Espero que será un varón. ¡Es la carne de mi carne, Kid! No permitas que se quede aquí. Si es mujer, será imposible. Vende mis pieles; tengo por lo menos por un valor de cinco mil dólares y otro tanto en la compañía. Arregla mis intereses al mismo tiempo que los tuyos. Creo que se obtendrá algo de ese terreno que he elegido... Procura que mi hijo reciba una buena educación y... sobre todo, no lo dejes venir aquí. Esta tierra no es para los hombres de raza blanca. Me muero, Kid; todavía



El kaiser.—Ese nunca será buen diplomático: dice la verdad.

(De "New York Evening Post")

tres o cuatro días, y todo acabará para mí. Es preciso continuar el viaje; debes continuarlo. Piensa que se trata de la salvación de mi mujer, de mi hijo. Ni tú ni ella debéis permanecer aquí mientras yo muero; ¡no! ¡no!, como moribundo, te suplico y te ordeno que prosigas el viaje...

—Concédeme tres días—dijo Kid, con tono de súplica;—tu estado mejorará... quizás. Puede ocurrir algo...

—Nada más que tres días.

—Hay que seguir viaje.

—Dos días...

—Se trata de mi mujer y de mi hijo, Kid. No deberías hablar así.

—¡Un día solamente!

—No, no; te lo suplico...

—¡Un solo día! No gastaremos de nuestras provisiones nada más que lo indispensable para no enfermarnos de hambre. Tal vez consiga matar un ciervo.

—¡No!... Bien, sí, un día, pero ni un minuto más. Y luego, Kid, no me dejes solo frente a la muerte; mátame de un tiro; no tienes más que mover el gatillo... ¿Me comprendes, no es cierto? ¡Piensa: la carne de mi carne! ¡Y pensar que no podré verlo! Mándame a Ruth; quiero decirle adiós y pedirle que no se quede aquí hasta mi muerte... Es preciso que piense en el hijo. No querrá tal vez irse contigo si yo no se lo ordeno. ¡Adiós, querido amigo! Y después... cava una fosa encima de la de aquel perrito, cerca del camino... en el sitio en que descubrí polvo de oro en mi piel... ¿sabes, Kid?

Este se inclinó un poco más para oir las últimas palabras del moribundo:

—¡Me duele... sabes... aquello de Carmen!...

Dejando a Ruth llorar silenciosamente al lado de aquel que amaba, envolvióse Kid en su grueso manto de pieles, se puso los patines, echóse la carabina bajo el brazo y se internó en el bosque. Los padecimientos de esas comarcas del norte le eran familiares, pero jamás se le había presentado un problema tan arduo y doloroso. Vacilaba... Desde hacía cinco [illegible] siempre juntos en los ríos, en los caminos del de[illegible] las nieves, en medio de los campamentos y de [illegible]inas, habían afrontado la muerte de mil modos y se habían li[illegible]do con una amistad indisoluble. Tan unidos estaban [illegible], que a menudo adivinaba Kid en Ruth algo como un sentimiento de celos. ¡Y ahora le era preciso romper tantos lazos con sus propias manos!

En vano recorrió en busca del ciervo que tanta falta les hacía. Toda la caza parecía haber abandonado la comarca. Al caer la noche, Kid, agotado por la fatiga, regresó al campamento con las manos vacías. Un tumulto producido por los ladridos de los perros y los gritos de Ruth le hizo apresurar el paso. Se precipitó y vió a la joven, con un hacha en la mano, en medio de la jauría sublevada. Los perros habían infringido la regla implacable de sus amos y acababan de arrojarse sobre las provisiones. Kid, empuñando la carabina, comenzó a golpear con la culata, al azar, en el montón. La lucha cruel del fuerte contra el débil se reprodujo con la ruda ferocidad de los tiempos primitivos. La carabina y el hacha se levantaban y caían con una monotonía regular, dando en el blanco a veces y otras en vago; saltaban los ágiles cuerpos de los perros, con ojos enfurecidos y fauces llenas de espuma. Por fin los perros, vencidos, se arrastraron hasta junto al fuego lamiéndose las heridas y lanzando a las alturas aullidos de dolor.

Toda la provisión de salmón seco había desaparecido, devorada por ellos, y apenas quedaban a los viajeros cinco libras de harina, por todo alimento durante el recorrido de doscientas millas que les faltaba hacer. Ruth volvió al lado de su marido mientras Malamute Kid despedazaba el cuerpo caliente de uno de los perros, cuyo cráneo había partido de un hachazo. Puso cuidadosamente a un lado las diferentes partes, menos el cuero y las entrañas, que arrojó a sus adversarios de un momento antes.

La mañana trajo nuevas dificultades. Los perros, hambrientos, intentaban atacarse mutuamente, y Carmen, que aún alentaba un mísero soplo de vida, fué devorada por sus compañeros. En vano el látigo los castigaba con furor. Se retorcían bajo los golpes y aullaban de dolor, pero continuaban su obra y no se dispersaron mientras quedó algo del pobre animal. Pronto todo desapareció, hasta el cuero, los huesos, el pelo...

Aprovechando la vecindad de los pinos, Malamute Kid se entregó activamente al trabajo y Ruth le vió hacer un armazón semejante al de los cazadores que quieren proteger el producto de su caza contra los ataques de los lobos y los perros. Encorvó uno hacia otro y casi hasta el suelo los troncos flexibles de dos pinos jóvenes y los fijó en el suelo con lazos de cuero de ciervo. Luego consiguió dominar a los perros y atarlos a dos trineos, en los cuales colocó todo el equipo, excepto las pieles que envolvían a Mason. Ajustó éstas sólidamente alrededor del cuerpo de su pobre amigo y ató los extremos de la cuerda a los dos pinos doblados. Un solo tajo de su cuchillo de caza habría bastado para devolver a los pinos su posición natural y enviar al cuerpo muy alto en el espacio.

Ruth no opuso ninguna resistencia a los deseos de su marido, que le había expresado su última voluntad. Desde hacía mucho tiempo había aprendido a obedecer en silencio. ¿Acaso, desde su infancia, no se había inclinado siempre ante los amos de la creación? Todas las mujeres hacían lo mismo y le parecía imposible que una mujer resistiera. Kid la dejó exhalar su dolor cuando besó a su marido; luego la acompañó hasta el trineo que estaba delante y le ayudó a ponerse los patines. Instintiva, ciegamente, Ruth tomó el látigo en una mano, en la otra el bastón largo que servía para dirigir el trineo, e hizo partir los perros en la dirección del camino que debieron seguir todos. Malamute Kid volvió entonces al lado de su amigo, que, ya había encontrado en la agonía. Cuando Ruth desapareció en la lejanía, se agazapó delante del fuego y permaneció inmóvil largo rato, esperando la muerte de su compañero.

No es agradable hallarse solo y presa de tristes pensamientos en medio del gran silencio blanco. Hay algo como piadoso en el silencio de la noche que parece proteger a uno y murmurarle de mil maneras su simpatía intangible; pero el silencio blanco, luminoso y frío, bajo un cielo de acero, no tiene piedad...

Pasó una hora, luego otra, y el infeliz no moría. A mediodía, el sol, sin mostrarse arriba del horizonte, proyectó en el cielo una raya luminosa y desapareció pronto. Malamute Kid se incorporó, acercóse a su compañero y miró a su alrededor. El gran silencio blanco parecía burlarse de él, y un profundo terror se apoderó entonces de todo su ser. De pronto sonó una detonación: Mason fué precipitado a su sepulcro aéreo y Malamute Kid lanzó los perros en una carrera loca, huyendo a través de la llanura nevada.

Jack LONDON.

Dib. de Macaya

Pedro Rojas. — Nuevo director artístico de "Fray Mocho"

No entra en las costumbres de esta casa el celebrar sus acontecimientos con mucho o poco ruido. Ni el cambio de formato, ni otras importantes modificaciones sugeridas por la experiencia y el afán de mejorar, nos merecieron una línea de comentario. Pero esta vez haremos excepción, porque la novedad no sólo es interesante para nuestros lectores, sino también para todos los círculos de arte y de periodismo: Pedro Rojas, el prestigioso dibujante, el habilísimo caricaturista, cuya obra admira Buenos Aires desde hace cerca de quince años, acaba de incorporarse a nuestras filas, en calidad de director artístico.



Señor Pedro Rojas.

No cometeremos el pecado de presentar a Rojas, incurriendo en ese gracioso contrasentido, frecuente en el país, que consiste en hablar al público, en la cara de las víctimas, de personas y de méritos que el público conoce tanto, sino mejor que el presentante. Pedro Rojas es una reputación hecha, es un consagrado de todas las capillas intelectuales, cuyo nombre, ya célebre en España cuando vino a radicarse en Buenos Aires, ha largos años que volvió a trasponer las fronteras argentinas para irradiar fama en los más exigentes núcleos artísticos del viejo mundo.

Seguramente, nadie ignora que sus dibujos de la guerra, publicados en un álbum hermosísimo, se reprodujeron en Europa por revistas de circulación mundial.

Por otra parte, es una figura bien porteña la de este español, para quien la calle Florida o el Barrio de la Quema, el alma de Sarmiento o la de Santos Vega, no tienen secretos.

Su maravilloso sentido de las cosas argentinas es sólo comparable a su intuición hispana. Anda por ahí una galería del Quijote que es todo un prodigio de síntesis y de interpretación psicológica del héroe inmortal. Pues bien, sus criollos, sus compadritos, sus figuras metropolitanas, fijadas por aquél su lápiz nervioso, sutil e irónico—por lo demás sin maldad—no les son inferiores como documentos de alto valor estético y como manifestaciones comprensivas de la vida nuestra.

Desde el principio de su existencia — lo decimos con orgullo— FRAY MOCHO no ha ahorrado sacrificio para avalorar, semana a semana, su presentación artística. Desaparecido Cao, el serenísimo emperador de la línea, los reyes del color honraron siempre nuestras páginas con obras dignas del predecesor. Sin embargo, nadie había recogido el cetro, y he aquí a Rojas, blandiéndolo ahora con el gallardo ademán de que es muestra la conceptuosa y expresiva portada del presente número.

Estamos, pues, de plácemes. Nuestras sucesivas ediciones ostentarán frecuentes rasgos de su vigoroso talento, los que, sin duda, contribuirán a hacer más íntima y elevada la comunidad espiritual que procuramos mantener con el público en cuyo favor trabajamos y trabajaremos dentro de la tradional cultura de nuestra propaganda.

Bodas de oro sacerdotales



Monseñor Espinosa durante el homenaje público, llevado a efecto el domingo último en el palacio arzobispal, con motivo de las bodas de oro sacerdotales del ilustre prelado.

"El cuento ilustrado"

Con este título, acaba de aparecer una publicación semanal, dirigida por el señor Horacio Quiroga, en cuyo prólogo se dice, entre otras cosas: "Hemos adoptado el Cuento y la Novela corta para la difusión de nuestro Arte, por estas dos razones fundamentales: porque el cuento es el género literario más interesante, y porque es el que se ha cultivado entre nosotros con más intensidad. Por interesante entendemos lo que es capaz de gustar a todos, grandes y chicos. Un cuento cuyo argumento no tiene suficiente interés para que merezca ser contado, no es cuento. Podía ser muy bien un pulido trozo de análisis sicológico, un alegato, cualquier cosa. Pero si todo esto no está vibrando por el calor de los personajes que lo encarnan; si no hay en todo ello una fábula, un cuento que autorice su condición de obra de arte, no hay pieza de teatro posible, ni novela, ni muchísimo menos, cuento. Si el cuento no interesa a quienquiera que sea; si aburre, si cansa, no obstante lo que se da en llamar bello estilo, el cuento, como cuento, es malo."

El primer número de "El cuento ilustrado", contiene una producción de su director, de quien huelgan las alabanzas, pues es harto conocida la personalidad literia del señor Quiroga. Esta circunstancia, precisamente, nos induce a creer en el éxito del nuevo colega, a quien enviamos nuestro más cordial saludo.

Mi madre

Era muy blanca, muy dulce, muy tímida; con una de esas indecisas beldades pálidas y melancólicas, que parece que surgieran de las bóvedas nemorosas de los claustros o de la húmeda penumbra, saturada de incienso, de las viejas catedrales. Usaba grandes aros de oro en las orejas de nácar y sortijas de rubíes en ambas manos, suaves como una flor. Tenía los ojos aterciopelados y la boca infantil y graciosa. Su frente aparecía de alabastro, y sus cabellos cortos, de un castaño casi negro, formaban sobre su nuca ricitos obscuros que yo gustaba de enredar entre mis dedos. De mediana estatura, su andar era lánguido y muy lento: su voz, débil y velada, llegaba siempre a mis oídos como una música. Su alma encantadora y soñadora, errante e indecisa, era como un lirio ilusorio, purísima y piadosa.

... Cuando yo cometía alguna leve falta, atraíame dulcemente sobre su seno; y yo me adormecía en él, aspirando su tenue perfume de estoraque, como el de los ropajes de las santas.

Froilán Turcios.

La fiesta de la canción francesa



Aspecto de la sala del Príncipe Jorge durante la reunión patriótica francesa efectuada en la noche del sábado último; el público en el momento que la señora Eugenia Buffet cantaba "Le temps des victoires", de Mauricio Donnay, acompañada en el piano por la señorita Felisa Clory.

Una visita a la Escuela Militar de Aviación

La Escuela Militar de Aviación realiza una tarea ardua y altamente patriótico en medio del más modesto silencio y de muy difíciles circunstancias.

Al llamado que en su incansable entusiasmo por la aeronavegación hiciera al pueblo el ingeniero Jorge Newbery, secundado por don Alberto R. Mascías, respondió ampliamente aquél y así pudo fundarse esa importante institución el día 8 de septiembre de 1912, en proporciones modestas, que luego con la inteligente dedicación de sus directores ha ido progresando sin cesar hasta colocarse en el pie de adelanto en que hoy se encuentra.

Pero como ocurre casi siempre, la atención que a ella prestó el gobierno nacional no estuvo en relación con el interés demostrado por el pueblo y la importancia de la obra emprendida.

Ante esa aplastadora indiferencia oficial, la escuela ha debido llevar una vida mezquina, que si no ha llegado a ser vegetativa es porque las personas, militares y civiles que han estado a su frente, desempeñaron y desempeñan sus cargos con rara dedicación y con un entusiasmo y una fe tan profunda que por sí solos han bastado no sólo a evitar que la institución quedara en estado de parálisis, sino también para hacer que día a día su incremento y afianzamiento fueran mayores y definitivos.

Como único medio de vida, la Escuela Militar de Aviación cuenta con cinco mil pesos mensuales, suma ésta que por su ridícula exigüedad no permite imprimir al establecimiento el sello de importancia que el asunto requiere. Así resulta que los pocos aparatos de que dispone hoy la escuela de El Palomar son anticuados, con motores varias veces compuestos y que, en consecuencia, no ofrecen a los pilotos casi seguridades en sus vuelos. No obstante ello, los profesores y alumnos se ajustan en un todo al cumplimiento del programa de enseñanza; doblemente sensible es la falta de aparatos por el hecho de que buen número de alumnos de nuestro ejército y extranjeros se ven obligados a descuidar y atrasar sus prácticas.

Sólo el valiente espíritu que anima a los directores puede realizar el milagro de que con tan insignificante suma de dinero pueda mantenerse en actividad la escuela y aun hacerla progresar, construir nuevas dependencias de amplias proporciones—como hemos podido ver en nuestra visita—y componer y fabricar aparatos de distintos tipos y hasta atacar la construcción de motores y el ensayo de naftas y aceites argentinos.

Hemos recogido el sugerente dato de que nuestros vecinos el Brasil y Chile asignan a sus respectivos parques de aviación militar sumas que superan varias veces a la que tiene como único subsidio nuestra escuela de El Palomar y, sin embargo, la institución argentina ha alcanzado un grado de progreso superior en mucho a sus similares de los países nombrados. Esta circunstancia es muy honrosa para nosotros y no significa un desmedro para los amigos continentales; pero no constituye en cambio un timbre de orgullo para nuestros gobernantes, desde que si la escuela ha adelantado no es por sus esfuerzos y su cooperación, sino por causas que ya hemos señalado en estas líneas.



Teniente coronel don Alejandro Obligado, director de la escuela militar de aviación.



Capitán Francisco S. Torres, ayudante.



El ingeniero señor Lucius, dando clase de motores a alumnos oficiales del cuerpo de caballería.



Monoplano Rumpler Etrich, motor Mercedes, [illegible]0 H. P., para bombardeos.

Señor Julio A. Cacciolatti, profesor de dibujo.



Mayor Arturo P. Lucioni, cooperador al progreso de la escuela.



Señor Esteban P. Quaintenne, profesor de fotografía.



Ingeniero don Edmundo Lucius, director técnico.

El comedor de oficiales

Fundada la escuela en 1912, fué su primer director el teniente coronel Arenales Uriburu, hasta 1916, en que lo reemplazó el actual director teniente coronel don Alejandro Obligado.

En el curso inicial fué instructor el aviador francés Marcelo Paillete, bajo cuya dirección se recibieron como pilotos el teniente de navío Melchor Escola, los tenientes: Raúl E. Goubat, Manuel F. Origone (primera víctima de la aviación argentina), Alfredo S. Agneta (fallecido), Aníbal Brihuega, Pedro Zanni, Carlos Giménez Kramer, Baldomero de Biedma, Saturnino Pérez Ferreyra, Juan Carlos Ferreyra, Leopoldo Casariego y sargento Francisco Sánchez.

El segundo curso tuvo por profesores a los tenientes Zanni, Biedma, Goubat y Brihuega, y se recibieron los tenientes Edgardo Benavente, Elisendo Pissano, Enrique Padilla, Pedro E. Campos, Agustín Varona y Juan Pueta.

En el tercer curso, 1915-16, ejercieron los mismos profesores, más los tenientes Benavente y Pissano, recibiéndose los tenientes Angel M. Zuloaga, Alberto González Albarracín, Julio García Fernández, Antonio Parodi, Atilio Cataneo y Mario J. Godoy; los sargentos Segundo Gómez y Ramón Alderette y el ingeniero Eduardo Bradley.

En el curso siguiente actuaron los mismos instructores, menos el teniente Pissano, que fué reemplazado por el teniente Parodi; se recibieron de pilotos los tenientes uruguayos Cesáreo L. Berisso y Esteban Cristi, el ingeniero Edmundo Lucius, Martín S. Pico, Enrique Molina, Enrique Torres y Alfredo Sosa.

En el último curso, fueron profesores los tenientes: Zanni, Parodi y González Albarracín. Se recibieron los tenientes Victoriano M. Alegría, Martín Salinas Gómez, Virgilio Vadela, José W. Rosasco, Jorge Marín, Florencio Parravicini, Otton Mantovani, Horacio Vázquez (boliviano), capitán René Pareja, los tenientes peruanos Guillermo Protzel, Enrique Ruiz; los guardia marinas peruanos Ismael Montoya y Roberto Velazco, y los suboficiales Méndez, Barruffaldi, Sabato, Siana, España, Oyarzábal, Ferrari, Fernández, Romero, Goggi y Albornoz.

De los pilotos allí recibidos, han fallecido víctimas de la aviación los tenientes Origone, Agneta y Ruiz (peruano); sargentos Albornoz y Jalil (alumno), y el capitán boliviano José Alarcón (alumno).

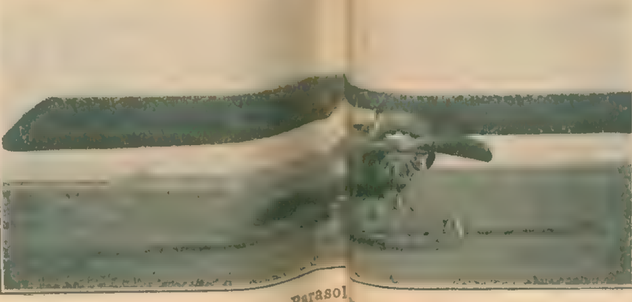
Además de los "brevets" de pilotos, se otorga otro "brevet" militar a los pilotos que hayan cubierto circuito no menor de 300 kilómetros y hayan realizado un vuelo de altura, por lo menos de 1.500 metros, con planeo durante dos horas.



Monoplano "Pingüin", motor Anzani, 30 H. P., de enseñanza.



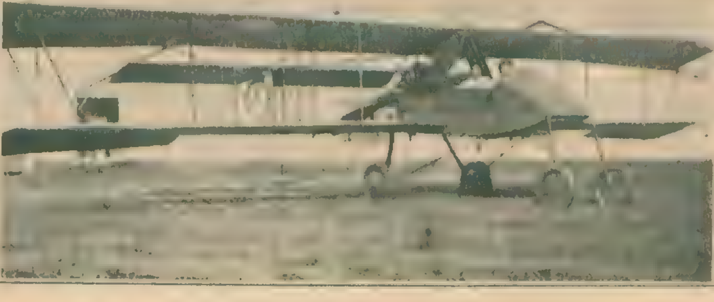
Biplano Farman, motor Gnome, 50 H. P., de enseñanza.



Monoplano Morane-Saulnier Parasol para ca... motor Le Rhone, 90 H. P.,



Monoplano Bleriot, motor Gnome, 50 H. P., de entrenamiento.



Biplano Voisin, motor Salson, 140 H. P., para bombardeos.



Biplano tipo Farman, en construcción en los talleres de la escuela.

Durante el año último los pilotos de la escuela de El Palomar han efectuado 283 vuelos, en los cuales invirtieron en total 677 horas, y recorrieron 55.805 ...ómetros; al iniciarse ese mismo año, la escuela disponía de 11 aparatos en ...ndiciones de vuelo, y durante el mismo se construyeron 6 (excepto los moto...s) y se reconstruyeron 2. Al terminar el año se contaba con 20 aparatos ...tre los que estaban en actividad y los que se hallaban en período de cons...ucción o reconstrucción.

Los vuelos más importantes del año fueron: el del teniente González Alba...acín, raid El Palomar-Paraná, en 5 horas 42'; el del teniente Candelaria, ...horas 3', El Palomar-Cañuelas-El Palomar; el del teniente Parodi, de ...horas 35', El Palomar-Montevideo-El Palomar; el del teniente Candelaria, ...paratorio para optar al brevet militar, en 4 horas 25', y el del teniente ...linas Gómez, de 4 horas 7', El Palomar-Brandzen-Ensenada-El Palomar.

El director de la escuela, teniente coronel Obligado, tiene un eficacísimo ...laborador en el director técnico de la misma, ingeniero don Edmundo Lucius, ...e tiene bajo sus órdenes la oficina técnica, los talleres de carpintería, me...nica, herrería, gasoletería, hojalatería, montaje de monoplanos, de biplanos entelado.

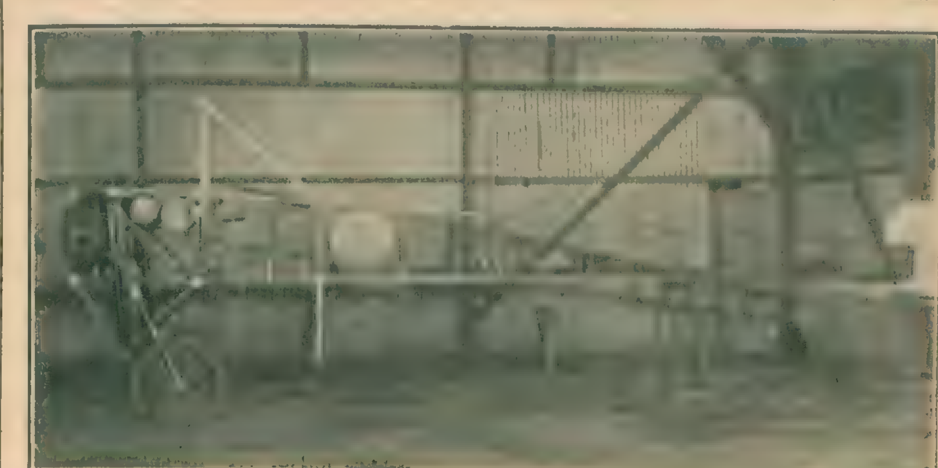
En nuestra visita conversamos largamente con el ingeniero Lucius, que es ...mbién aviador de la reserva, un argentino inteligente y laborioso, lleno de ...y de bríos al par que de un acendrado espíritu nacionalista bien entendido. ...zonos notar que desde hace 3 años, que él ocupa su actual cargo, ha tratado ... que todo cuanto sea necesario a la escuela se haga en los talleres de la misma, utilizando materiales argentinos; así las maderas y la tela de los aparatos son de producción nacional. En 1917 se construyeron 14 aparatos; con las hélices se ha llegado al más lisonjero de los éxitos, pues antes se empleaba el mejor nogal de Italia, que cuesta 1.50 el pie y ahora se ha sustituido por el peterebí, cuyo costo es sólo de 30 centavos por pie, con la ventaja aún de que todavía no se ha roto ni deformado una sola hélice, lo que no sucedía con el nogal italiano. Se construyen 4 hélices por mes.

Como desde hace 4 años no se recibe un solo repuesto para los aparatos, los talleres de la escuela han suplido esa falta, utilizando acero extranjero, aunque ya se está tratando de obtener acero nacional que reemplace a aquél sin desventaja. Se está actualmente llevando también a la práctica uno de los sueños del ingeniero Lucius, que es la construcción de motores en el país. En efecto, un Gnome de 80 H. P. y un Morane-Saulnier de la misma fuerza, igual al que poseía Newbery para la travesía de los Andes, están en los talleres de El Palomar en proceso de construcción. Para asegurarse del buen resultado de lo que se construye allí, cada pieza al ser terminada se coloca en un motor y se la hace trabajar por espacio de meses.

No pudo evitar nuestro informante salieran de sus labios algunas palabras amargas cuando se tocó el asunto finanzas; se lamentó de que hubiera de parte del gobierno nacional tanta indiferencia para el parque de aviación militar. Se refirió luego a la comisión enviada a Europa para la adquisición de motores y nos declaró que es casi seguro que no se consiga nada, pues ni el Brasil, siendo un país aliado, ha obtenido la cesión de algunos motores. Con el dinero que gastará esa comisión, suponiendo que tenga éxito en sus gestiones—añadió—nosotros haríamos 2 motores con lo que cuesta 1, y a la vez se beneficiaría la industria nacional.

Figúrese usted lo que sería—concluyó—si se nos tonificara por una sola vez con una regular suma de dinero...

Goyo ARROYO.



Monoplano tipo Bleriot, en construcción, en una de sus últimas fases.

Los restos del general Lavalle



Caja de bronce, fundida en el arsenal de guerra, conteniendo los restos del general Juan Lavalle, que el viernes de la semana anterior fueron trasladados desde el sepulcro de Bernardino Rivadavia al mausoleo erigido en la Recoleta a la memoria del vencedor de Río Bamba.

En el Plaza Hotel



Parte de los comensales que asistieron al banquete ofrecido por los señores W. R. Grace y Cía. en honor del señor Enrique Wulff, con motivo del regreso de este caballero a los Estados Unidos. Además del obsequiado, concurrieron al acto los señores H. Storer, W. B. Mcdavid, E. Rochette, P. A. Hardcastle, J. W. Swanston, C. S. Edye, N. Tribe, A. Stuven, C. Hammond, S. Tallaferro, M. Aboab, L. Mortimer, L. Aboab, J. Bela, J. S. Fynlaison, C. Prats, S. Hart, R. F. Jones.

Vida rosarina — Ecos del centenario de Maipú — Accidente ferroviario



La señorita Ada Paineri recitando la poesía titulada "El abrazo de Maipo", de que es autor el señor Alberto del Solar, durante el acto conmemorativo del centenario de dicha batalla, realizado en el Colegio San Carlos, de San Lorenzo.



Sitio en el cual una máquina del Ferrocarril Central Argentino, se precipitó al río Paraná, en Rosario, después de cortar su enlace con el tren de carga que conducía. El número 1 indica donde quedó detenido el primer vagón del convoy, y el número 2, el lugar en que se hundió la locomotora.

Se efectuaron en Rosario los diversos homenajes preparados con motivo del centenario de la batalla de Maipú, algunos de los cuales se llevaron a cabo por el elemento estudiantil, al pie del histórico pino de San Lorenzo.

Como sucedió en la capital federal, la lluvia que cayó en tales momentos impidió la realización de algunos números del programa, y la concurrencia pasó entonces al salón de fiestas del Colegio de San Carlos, en San Lorenzo, donde tuvo lugar un acto de homenaje a la memorable fecha.

—El día 10 del actual, ocurrió en Rosario un grave accidente, que costó la vida al joven Juan Sabino, foguista al servicio del Ferrocarril Central Argentino. Un convoy de carga, cuya máquina iba dirigida por el maquinista Francisco Fabián, tomó un desvío de la línea, donde debía detenerse para efectuar la descarga, pero sea por la velocidad que llevaba el tren, o porque el maquinista no frenara a tiempo, es lo cierto que la máquina, llegando al término de dicho desvío, se llevó por delante el paragolpes de contención y se precipitó al río Paraná, en cuyas aguas se hundió.



Juan Sabino, foguista al servicio de la máquina despeñada, que pereció en el accidente.

La circunstancia de que los enganches de conexión de la máquina con los vagones se quebraran por la violenta sacudida del choque, hizo que el convoy, que se hallaba cargado de cereales, se detuviese al borde de la barranca y no fuese arrastrado al río detrás de la locomotora.

El maquinista Fabián pudo salvarse de la muerte arrojándose desde la máquina al techo de una casilla inmediata.



Momento en que la máquina n.° 84, del Ferrocarril Central Argentino, es extraída del Río Paraná.



Los deudos de la victima, en el lugar donde ocurrió la catástrofe.



El maquinista Francisco Fabián, que dirigía la máquina, y que pudo salvar la vida, saltando de la locomotora segundos antes de producirse el desastre.

Perspectivas agrícolas en el Chaco



Una lozana plantación de tabaco correntino, en una chacra de Colonia Popular.



Inauguración del coche de conferencias agrícolas en Resistencia.

El territorio del Chaco se ha transformado en los últimos años en uno de los territorios más prósperos de la república y en el primero de ellos considerado desde el punto de vista de la agricultura y la industria del tanino.

Se presentía el engrandecimiento del país, bajo la acción bienhechora del trabajo, pero la realidad ha superado a la esperanza. El territorio del Chaco representa hoy, merced a sus fábricas, obrajes y colonias, un factor económico importante cuyo peso es considerable en la balanza de nuestro comercio internacional.

Los colonos que pusieron su confianza en esta pródiga tierra subtropical no sólo han quedado a salvo de los perjuicios de la crisis, sino que han acumulado reservas que serán la salvaguardia de los años malos que suelen sorprender al trabajador hombre de campo.



Frente de la fábrica de tanino de los señores Turk, Nelien y Bonfitz, en Colonia Benitez.



En la estación experimental de Colonia Benitez; indios Tobas cosechando algodón.

El desarrollo de la colonización ha traído, como era natural, el de industrias que tienen por base la agricultura, debiendo citar entre las importantes las fábricas de aceites, las usinas desmotadoras de algodón y las fábricas de tanino. El actual grado de adelanto de la agricultura se debe también a la acción de los ferrocarriles de Santa Fe y del Estado que acercan los centros y facilitan el comercio de exportación.

Estudiar los medios más eficaces de promover el desarrollo de las industrias agrícolas y de las que con ellas se relacionan; exponer los resultados obtenidos en los ensayos de las diversas plantaciones industriales propias de nuestro clima; arbitrar la manera de combatir las plagas; promover la sanción de leyes que defiendan y estimulen la industria nacional contra la competencia extranjera como hasta ahora acontece con los productos de la vinicultura y de la quesería; difundir por medio de publicaciones los conocimientos que la experiencia y la observación proporcionan; fundar cooperativas agrícolas; propender al establecimiento de las corrientes inmigratorias; estudiar la cruza y perfeccionamiento de las razas auxiliares de la agricultura; la producción de leche de toda época por los vacunos, evitar el "mal de cadera" que azota al equino; organizar la formación de praderas artificiales; establecer escuelas prácticas de agricultura; procurar las reformas que la legislación necesite para que el extranjero sea entre nosotros lo que debe ser cuando se halla vinculado con la propiedad y por la familia, un ciudadano, etcétera; serían los complementos de la ruda tarea realizada por cada hombre sobre el terreno en que ejercita sus más nobles facultades; nada puede exigirse ya de los agricultores, en interés propio y de todos, a no ser constancia en sus propósitos y energía bastante para no retroceder ante los obstáculos que se opongan a la empresa civilizadora que con viril y espontánea voluntad han acometido. ¿Qué más puede esperarse de un hombre en bien de la sociedad que concurrir con su trabajo y con el trabajo de sus hijos al acrecentamiento de la riqueza nacional y con el caudal de sus observaciones propias o con parte de su peculio al perfeccionamiento de las industrias y al bienestar del mayor número?

Alberto Carlos MUELLO.

Resistencia, marzo de 1918.



Hermosa plantación de arroz de secano, en Margarita Belen



Familia de un colono algodonero de General Vedia.

¿Existen dos clases de plomo?

Todavía sigue siendo para los hombres de ciencia una preocupación de intensa curiosidad, el último estado del "radium", que es el plomo. En efecto, el "radium", que proviene del uranio, se perpetúa en una numerosa descendencia que comienza en la "emanación" y termina en el bolonio; pero éste se desintegra solo y da como residuo un cuerpo sin radioactividad apreciable, considerado idéntico al plomo.

Mauricio Curie, sobrino del ilustre sabio del mismo apellido, en sus estudios de la radioactividad, ha confirmado hace poco tiempo, después de prolijos experimentos, la opinión de aquellos hombres de ciencia, demostrando además que las cosas no son tan fáciles como en realidad se suponían. Si se analiza, dice, el plomo contenido en los residuos de pechblenda, procedente de la desintegración del bolonio, se comprueba que su peso atómico es de 206.7, mientras que en el átomo de plomo común pesa 207.1. Este resultado, si bien confirma las teorías de los sabios profesores de radioactividad, crea a su vez una nueva complicación, esto es, que el residuo del "radium" no es igual al plomo que ya conocemos, lo cual, desde luego, ha de originar pacientes investigaciones de parte de los estudiosos.

Proporción exagerada

Ella.—Tú sabes, Enrique, que yo hablo siempre lo que pienso.

El.—Sí, amor mío; sólo que más a menudo.

Página infantil



Cortar la página y pegarla sobre un cartón, para darle mayor consistencia. Recortar las figuras y unirlas con un broche por los puntos negros; en esta forma, el muñeco tendrá movimiento en sus articulaciones y podrá adoptar distintas actitudes.

Sección Popoff

—¡Boien día, boien día, mis más queridos lictores di la "Fraile Mocha", boien dia!

Imaginaos algo así como un pupitre, y sobre éste, una venerable Ruy Barbosa tordilla y una "pavía", que no es la gris perla de protocolo del denodado Carlos Merlini. Una "suma de sillas". Y oyentes, muchos oyentes.

—¿Qui dónde la astubo yo?... ¿Qui pir qué astube tanto tiempo pirdido, in la ojiero di la olvido?... Boieno, poies, quiridos lictores di la "Fraile Mocha". ¡Voy cuenta!

—¡Que hable! ¡Que hable!—(por varios).

No si apuren, pir Dios la pido. Ricoierden lo qui un vez la dijo sinor Pío Zaldúa a sinor Quierejieta:—"No pir mucho ti livantes, la madrugas más primiero".

—Modos de ver, don Samuel...

—¿No istá pir Pilagia esa, no?... Atonces, sigo la viaje. Boieno. ¿Alguno di ustedes sabe dónde quieda "La Cocos"?...

—¡Yo Popoff! — (levantando el dedo).

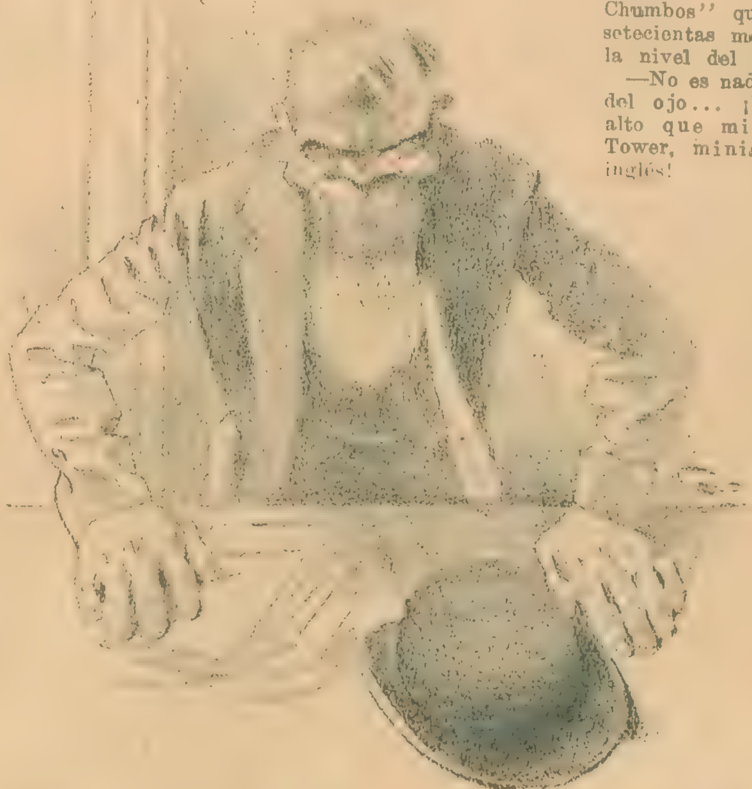
—Mi legro mucho, mi legro.

En el riñón de la serranía cordobesa, están "Los Cocos" de don Guillermo Udaondo, presunto sucesor de don Hipólito. ¡He dicho!

—Misma no dice Alisandro istá La Torre; tampoco sinor Naon. Boieno, poies. Cirquita "La Cocos" di Daondo, istá "La Chumbos"

—¡Zas! ¡Escopeta en puerta!

No ti apures, sinor... Ricoierda quí cosa la dijo sinor Pío Zaldúa a sinor Quierejieta, comendante astubo in Ayacuchos, no isquina Charcas ni Mitres Bartolo. In "La Chumbos" no hay hipódrama y, pir la tanto, no si precisa iscopieta pir patos la mata. ¡Oh, quí linda istá "La Chumbos", in la sierra di Borda!...



—¡Quién me diera un cabrito, don!...

—¡No, no ti ponis cabrero ni cabrito, no! In la paz di la hora azul, ti voielves más cordero qui la qui foié Cordero a la tiatro Vectoria. In la tranquilidad sirrana, todo parioce color la rosa, ¡todo! Pir eso, Daondo cree qui sinor Aragoyen haci más mijior la presdente qui mismo finado presedente astubo Sarmiento.

—El mareo de las alturas...

—¡No moi alto, sinor, no! "La Cocos" como "La Chumbos" quieda setecientas metros la nivel del mar.

—No es nada lo del ojo... ¡Más alto que mister Tower, ministro inglés!

—Y también qui la sinor imbajador Stimson, qui no istá una pibe como su coliega Vilianeda Marquitos. ¿Quí foié yo hace a "La Chumbos"?... Foié pir calafatea la polmón qui no istá la asquierdo.

—¡Creosota para uno!

—Consecuencias de un resfrío mal curado...

—Un baño de pies...

—¡Ni la una, ni la otra ni la primiero qui dices! Otra cosa astubo la matriz di la mi infirmidá. ¿Conoces sinor Araya?...

—De vista.

—¡Mira qu'istán dos Arayas, sinor!

—Perfecto y el otro.

—Boieno, poies. Si trata di la qui no astubo ni istá Pirfecta, di sinor Rogelia.

—¡Qué pico de oro!...

—Pricisamente, pir oirla habla, van hace casi dos anios, foí a una asamblea, aliá pir Vilia Crespo. Hacía una calor trimenda. Yo mi coloqué pir mijior oirla a ritaguardia di él. Sudaba la mares, como suda sinor Dillapiane, istá sinador pir Campana, coando tine que echa so firma di él. Mi saqué la levita.

—¡Mirás, Mirás!

—¡Ti aquivocas medio la medio! Ista mi livita (y la izó) istá una ricoierdo di sinor Calvetes, di Bilgrano, la mijior cumesario di la mundo, pir corso y pir cintenaria astubo Maipú.

—Hija única de madre viuda..

—¡También ti aquivocas medio la medio! Tingo otra, di lostrina, ricoierdo di sinor doctor Dilcasse, qui consiervo in la baul pir incorsiones floviales in virano y primaviera. Igualmente mi sirve pir saca agua la pozo. Boieno, poies. Al intrar in la piríodo di intosiasmo, faldones la yacomín sinor Arayas, posiéronse in más muvemiento astubo calisita. ¡Oh,

qui linda la fresco!... La arie también ponía in muvemiento hebras plata la pelo mi barba. ¡Yo la gozaba como una gayareta no istar la seco!...

—Regalón...

—Dispoiés, dispoiés, mumentos dispoiés, yo quiedaba invarada como una sinor Palavecino a quín la bañan con la hielo loiego tira la volanta di la cevismo. Liegué a casa y'no la poiede livanta día siguiente.

—Tintura de iodo...

—caldo [illegible]...

—¡Dios la oiga!... Pasé quince días a coohiaraditas leche con bibidas la botica. Una vez qui mi livanta, doctor Vera Barros mi manda Córdoba, donde mi la pasó casi dos la año, in "La Chumbos". A él, mi deber la coiero. ¡Dios la premie in la cielo!

—Le erró a la grande...

—¡Pir una punto!... Piro voielvo sana, con la polmón no astubo azquierdo, más foierte qui polmón la tiene clarenete di maestro Malvagni. Mi siento una poca "noievocentista", igoal qui chicos felósofos qui siguen iscoiela di Ortega astubo Gaset. Ista charla di hoy istá la prólogo de una serie di conferencias. Vingo dispoiesto a dice sólo la virda y nada más qui la virda, pir qui la "noievocentismo" no quiere di fraodes ni de cumesarios qui hacen riparación ribenque la mano. ¡Hasta la joieves qui viene, poies!

—Diga, don, ¿y sobre qué va a hablar?

—La tema istá una poco largo.

—¡No importa! ¡Lárguelo!

—"Piligros di la noieva iscoiela deplomática o la lata di aceite pir la guiso a noieve pesos la kilo."

Félix LIMA.

Un plan para hacer saber la verdad al pueblo alemán

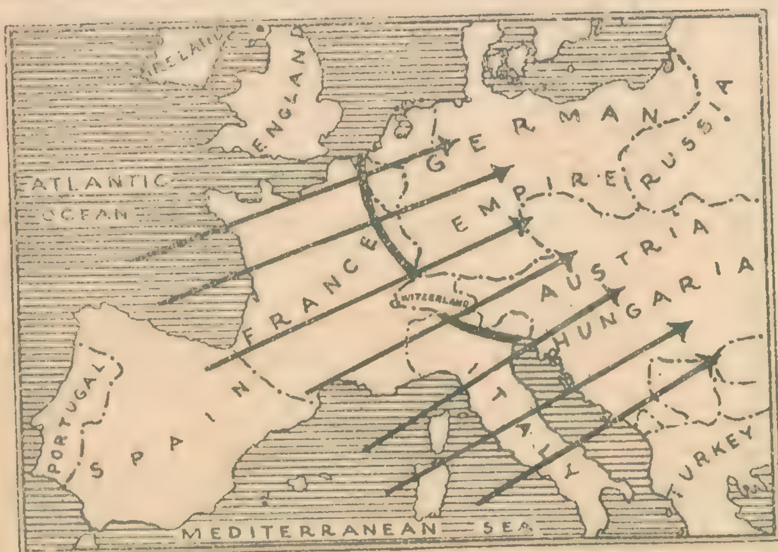
La ignorancia y la deliberada alteración de la verdad en sus informaciones para el pueblo, son los dos agentes hipnotizadores de que se sirven los amos de Alemania para mantener en la obediencia a millones de seres humanos fatigados por los padecimientos. Dada esta situación, si los aliados pudieran hacer llegar al pueblo alemán del interior del Imperio la propaganda de las ideas democráticas y una información fiel de los sucesos y de la situación internacional, lograrían un efecto destructivo de la Alemania militarista y rapaz casi tan eficaz como el de la artillería en el frente de batalla.

Hay un método—propuesto por Enrique Luis Smith, presidente de la Universidad de Washington y Lee—que realizaría ese resultado rápidamente, con un gasto insignificante y a pesar de los guardas de las fronteras y la vigilancia de la policía y sin violación alguna de las leyes morales o internacionales.

La solución, en resumen, es la siguiente: toda la línea de batalla que va desde Flandes a Triesto está en la región de las corrientes templadas aéreas del sudoeste que se dirigen hacia el nordeste y pasan directamente sobre Alemania y Austria-Hungría. Esas corrientes de aire pueden ser utilizadas para llevar a los países nombrados pequeños globos que llevarían los mensajes deseados. El mapa que publicamos demuestra la relación de esas corrientes con la línea de batalla y revela la eficacia de tal aliado providencial.

Esos globos portadores de impresos, serían hechos de goma, de papel encerado, etc., y de varias clases y tamaños, pero todos pequeños. A fin de que lleguen a regiones determinadas se graduaría el tiempo en que deberían permanecer en el aire, lo que es fácil de obtener mediante la mayor o menor permeabilidad de la cubierta, y según la naturaleza y la presión del gas empleado.

En los globos de mayor tamaño se podría montar un aparato de relojería que dejara caer series de impresos a diferentes intervalos del trayecto.



Las flechas indican la dirección de las corrientes aéreas que llevarían los globos de propaganda.

Las estaciones de envío de los globos se instalarían a corta distancia del frente sobre todo en la cumbre de las montañas. Una sola estación, con sencillos aparatos para el rápido inflamiento de los globos podría despachar más de un millón de globos en pocos días. También se utilizaría como estaciones de envío a aeroplanos y dirigibles, automóviles, barcos y submarinos. Despachados desde puntos escalonados en toda la línea del frente, no quedaría punto alguno de Alemania adonde no llegaran los globos con los mensajes redentores.

El homenaje a los Estados Unidos



Vista de parte de la numerosa concurrencia congregada en el Prince George's Hall, durante el acto de homenaje a los Estados Unidos de Norte América, realizado en la noche del jueves 11 del corriente.

Enlace



Los desposados, señorita Rebeca Guerrico y señor Oscar Bañero, saliendo del templo de las Victorias, después de la ceremonia nupcial efectuada el 8 del corriente.

En la Y. M. C. A.



El embajador argentino en Estados Unidos, doctor Rómulo S. Naón, acompañado del doctor Mulcahy y otros socios de la Young Mens Christian Association, durante la visita que el primero realizó a esta institución, el lunes 8 del actual.

Funeral en memoria de Carolina Muzzilli



Aspecto que ofrecía la sala de la sociedad "Garibaldi", durante el funeral civil realizado en memoria de la señorita Carolina Muzzilli, acto que se llevó a efecto el lunes de la semana anterior.

El cofre de oro

El viajero preparaba sus baúles, y se disponía a atravesar el Océano, por segunda vez, después de treinta años. Soñaba con las aguas del mar, con el casco del buque, con la tierra natal vista de nuevo, bella, fragante, amorosa, como los brazos de una madre.

Cuando dejó la patria, cuando abandonó las campiñas italianas, tenía veinticinco años y el alma llena de aspiraciones de fortuna. Pisar tierras de América, enriquecerse en poco tiempo, llevar la opulencia al pobre y rústico hogar de que se apartaba, era entonces su ensueño, su deseo más vivo, la pasión que en él había acallado a las demás, sofocando los sentimientos que luchaban por retenerlo, rompiendo el dulce vínculo de las primeras simpatías y de las íntimas amistades de la juventud.... Ahogó todos aquellos afectos, y después de un viaje de algunos meses, en buque a vela, llegó al Plata y desembarcó en Buenos Aires. El ensueño de fáciles fortunas se transformó en una vida costosa; el oro, que en otro tiempo había lanzado reflejos capaces de deslumbrar al mundo entero, no existía, no ya en las calles, ni siquiera en los bolsillos de los particulares ni en las cajas de los bancos, ni en las arcas de los gobiernos: corría el más desprestigiado de los papeles. Volver era imposible, era casi vergonzoso; resolvió quedarse, hacer frente al destino y trabajar; conseguir lentamente, por el esfuerzo y por el ahorro, poniendo cobre sobre cobre, la fortuna que burlaba su primer intento, escapándoselo de las manos...

Y después de treinta años de vida miserable, el tesoro estaba allí, delante de sus ojos, en el cofre de cedro descolorido. ¿De qué le servía? Era ya viejo; no tenía mujer ni hijos; sus padres habían muerto en la ausencia: sus amigos le habrían olvidado o habrían desaparecido... Apenas si podía con él ir en busca de reposo para la vejez y de un pedazo de suelo para la muerte, en los mismos sitios en que había nacido.

Estaba ya en viaje. De la ciudad de X... a Buenos Aires, donde debía tomar el paquete para Génova, no mediaba sino una noche de navegación. Se había embarcado como pasajero de segunda, cargando él mismo el cofre de sus esterlinas y sus napoleones, y ocultándolo debajo de su camarote, para dormir sobre él, o mejor dicho, para velar, vigilando el tesoro.

Aquel puñado de monedas, deseado durante toda la vida, logrado a costa de mil afanes y de mil sacrificios, lejos de procurarle la felicidad, la paz del espíritu y el descanso del cuerpo, le tenía en continuo sobresalto. Si por acaso el cansancio lo vencía, y, entornando los ojos, entraba en el sueño sin quererlo, despertaba de pronto, como herido por la fría mordedura de una víbora, y pasaba la mano por su frente para alejar la sombra de alguna pesadilla horrible... Mientras otros compañeros de viaje subían y bajaban la escalera por la que se descendía a la cámara de segunda, y paseaban sobre cubierta, y, reclinados a la barandilla de la borda, fumaban y veían jugar las espumas de las olas, rotas al golpe de la proa, y cantaban en coro los cantos populares, él permanecía tendido sobre el duro lecho, ajeno a la verdadera dicha cuando creía haberla alcanzado...

A las doce de la noche, todos los pasajeros se habían retirado a dormir; y no quedó sobre cubierta sino el piloto en su puesto; y al bullicio de los cantos, sucedió el sordo murmullo del agua arremolinada por las palas de las ruedas y el chirrido áspero de la cadena del timón, que arrastraba de tiempo en tiempo, sus pesados eslabones.

Un drama misterioso se desarrolló, en esas circunstancias, antes de la llegada del nuevo día. Nadie pudo jamás conocer sus detalles, rasgar con un rayo de luz la masa de sombras que lo rodeaba: y por mucho tiempo preocupó en vano a las gentes de X... empeñadas en descubrir la verdad, más por satisfacer curiosos apetitos que por sed de venganza o amor de justicia. El hecho fué que el viajero desapareció, sin dejar más rastros que sus gruesos zapatos abandonados sobre cubierta. Voz general, y explicación habida por bastante, fué que durante la noche se había suicidado echándose al agua.

En cuanto al cofre de oro, desapareció también; pero, como nadie conocía a bordo el secreto del viajero, ni advirtieron siquiera la pérdida de su equipaje.

Con el viaje que el desaparecido había hecho de X... a Buenos Aires, coincidía el de un antiguo vecino de la misma ciudad, que se había embarcado en el mismo vapor y, después de una ausencia de pocos días, había vuelto a X... En X... la noticia del cofre de oro era conocida, lo que hizo pensar, al saberse la desaparición, no ya en un suicidio, sino en un asesinato, llevado a cabo con el propósito de arrebatar al viajero el fruto de sus ahorros. El hombre que había partido con él, y sobre quien podía haber recaído el peso de aquellas sospechas, era pobre y de buena fama: su situación después del suceso, no había cambiado, lo que le salvaba de la perfidia de las malas lenguas. Pero, pasaron dos años. La víctima fué olvidada casi por completo, y su fin misterioso recordado apenas, allá, de tiempo en tiempo, en las conversaciones familiares, como se recuerdan siempre, en los cuentos del hogar, las aventuras inexplicables.

El que había sido acompañante del viajero, empezó por entonces a desplegar un lujo de riquezas que jamás se le había conocido; la apariencia modesta de su vida se trocó en pomposa ostentación, como por arte de encantamiento; y los desocupados dieron a cavilar acerca de aquella transformación, ligando los acontecimientos pasados con los presentes, mezclando el viaje, la desaparición, la prosperidad, el misterio, y haciendo de todas esas ideas vagas un amasijo del que aquel hombre resultaba autor del doble crimen, del asesinato y del robo, llevados a cabo en la travesía de X... a Buenos Aires. Y como si el peso de la imputación cayese sobre sus espaldas y le aplastase, el hombre se encorvaba día a día, hacia adelante, sin fuerzas para mantenerse derecho. La enfermedad era terrible y hacía rápidos progresos; el cuerpo se doblaba, se doblaba hacia la tierra, como cediendo a una atracción irresistible, le era casi imposible levantar la cabeza para mirar al frente, y, al esfuerzo hecho para conseguirlo, los ojos se inyectaban en sangre; se doblaban hasta adquirir las apariencias de un animal deforme, mitad hombre, mitad perro, que más parecía arrastrarse que caminar; se doblaba cada día más y se dobló hasta caer en cama para no levantarse. Cuando llegó el último día, el enfermo había perdido el habla, y presa de la desesperación,—porque parecía querer descargar el alma de un peso enorme,—se revolvía entre las sábanas como la serpiente en un nido, gesticulaba, rugía como un león, sin poder articular una palabra, y miraba con una mirada siniestra y roja, que infundía repugnancia y espanto...

Así murió, solo, en completo abandono, aplastado por su conciencia, ciego de desesperación, como muere el reptil bajo la piedra.

E. E. RIVAROLA.

Dónovan

Todos ustedes saben, poco más o menos, aunque aquí no se enseñe en las escuelas primarias, como en los Estados Unidos, lo que quiere decir Frenología. Pero no todos saben, a derechas, que Frenología es un sistema de filosofía mental, basado en la fisiología del cerebro. Por manera que, haciéndole a esta rama de los conocimientos humanos, todo el honor que merece, he de permitirme llamarla "una ciencia en pañales." ¿Cuánto tiempo pasará antes de que, como la anatomía comparada, haya por decirlo así, pronunciado su última palabra? ¡Quién lo sabe!

Hoy por hoy, y así como quien no quiere la cosa, voy a contarles a ustedes, por vía de sugestión, algo que a mí me parece instructivo; pero que, esto no obstante, bien puede ser o parecer una zoncería.

Era allá por el año de 1851, en Londres.

Vivíamos juntos, viajando, varias personas de diversa nacionalidad, edad y calidad. De todas ellas, solo sobrevive, para el servicio de ustedes, el que esto escribe, argentino de origen. Los otros, Torcuato de Alvear, argentino, criollo porque su señora madre era española; Manuel Cobo, argentino de origen porque sus padres eran hijos de la tierra y Adolfo Mansilla, mi primo, que casó con la señora doña Mauricia Román, han pasado a mejor vida. Gallino, genovés, agente de negocios, también ha muerto. Antes que él, ya había fallecido mister Moss, americano del Norte, de la firma comercial Moss y Purdón, firma de la que la actual generación, ni noticias tiene.

Los prójimos enumerados, vivíamos a moderado escote, en el mismo hotel. Eramos todos, más o menos amigos. Todo lo hacíamos en común, y yo era, en razón de que hablaba varias lenguas, el que hacía de "cicerone", manejando a la vez la caja de los gastos menores que ocasionaba nuestra vida de "tourist".

Me acuerdo, como si fuera ahora, de que en la noche del mes de junio en que conversábamos, en cenáculo pleno, sobre lo que haríamos al día siguiente con el "Guide book for London", hacía un calor sofocante (hay gente que cree que en Londres no se sofoca uno, y que hasta este privilegio es americano); me acuerdo decía, de que las cosas pasaron de esta manera, teniendo yo la referida Guía en la mano, pues como antes he dicho, yo era el "trujamán."

—¿Y, qué haremos mañana? dijo uno.

—A ver, agregó otro, dirigiéndose a mí, busque en la Guía.

Abro, y lo primero que leo, es esta dirección: Dónovan frenólogo, dá consultas.

—Pues vayamos allá, exclamaron varios a una.

—Me parece bien, prosiguió mister Moss, una observación, sin embargo: que el hombre puede ser algún charlatán; hagamos una composición de lugar; convengamos en no hablar ninguno de nosotros en nuestra lengua nativa y que usted (yo) nos sirva de intérprete a todos; así no se podrá deducir por nuestras respectivas nacionalidades, ciertos rasgos salientes de nuestro carácter.

Dicho y hecho, pusímonos de acuerdo, debiendo yo hablar alternativamente con ellos en español, en francés, en italiano, en portugués y con el frenólogo única y exclusivamente en inglés.

Como se comprende, cada uno de nosotros tenía ya alguna manía que le hacía mostrar la hilacha. Mister Moss, aunque americano del Norte, demócrata y republicano,—era un hombre alto, trigueño, pelinegro, buen mozo,—cojeaba del pie "nobiliario", pretendía descender de los más antiguos reyes de Escocia.

Llegamos a la puerta de Dónovan en dos carruajes; bajamos y entramos, pasando por una larga galería adornada a derecha e izquierda de bustos de hombres eminentes mundiales: el primero, entrando, a la derecha y saliendo, a la izquierda, era el señor de Voltaire.

Dónovan nos recibió, y después de un saludo seco, y de cambiar las palabras indispensables para enterarse nosotros y él, nos repartió siete tarjetas numeradas del uno al siete. Salió; volvió con siete carillas de papel impresas y lápiz en mano, le insinuó al número uno que se sentara en un sillón, que estaba en el centro de la pieza. Le tocaba, le tanteaba las protuberancias del cráneo, le miraba la fisonomía de rabo de ojo, y, anotaba: "Very large. Large. Full. Average. Moderate. Small." Cada una de estas notas correspondía a las diversas condiciones cerebrales, por ejemplo: amatividad, combatividad, destructividad, secretividad, firmeza, espiritualidad, veneración, cálculo, tiempo, tono, casualidad, etc., etc., hasta completar treinta y siete facultades físicas, morales e intelectuales. Después, al final de la paginita, anotaba el temperamento sanguíneo, nervioso, linfático, bilioso y sus compuestos.

El examen craneoscópico marchaba como sobre ruedas. El número 5 era mister Moss, el número 6 yo, el número 7 Torcuato de Alvear.

Cuando le llegó el turno a mister Moss, Dónovan se detuvo en su examen y como quien duda, vacila y se siente perturbado... después de mirar fijamente al sujeto, exclamó:

—Es extraordinario! cómo interrogándome a mí con la mirada.

—¿Qué cosa? le pregunté.

—Que esta cabeza no hable inglés, repuso él con intención.

—¿Y por qué?

—Porque es el tipo de una cabeza escocesa.

Aquí mister Moss no pudo de gusto, dió al traste con la composición de lugar, hablando en un inglés que, por cierto, no era el mío, y Dónovan que ya algo había maliciado sin duda, se mordió los labios...

Llegó mi turno y el de Alvear. Concluyó la operación, y Dónovan me dijo:

—Pasado mañana a la misma hora,—insinuándonos la puerta...

Salimos, él detrás de nosotros, y al llegar al término de la galería y al ver yo el busto del señor de Voltaire, a la izquierda, me detuve y por decirle algo en mi petulancia juvenil, le dije:

—Aquí tiene usted mi hombre favorito.

El me miró con cierta ironía burlesca, picado quizá por el chasco que le habíamos dado, y me contestó:

—Sí, pues me temo que no llegue usted a ser un hombre tan grande como él.

A los dos días volvimos; mis compañeros se quedaron dentro de los dos carruajes, yo bajé, entré; Dónovan me recibió saludándome como la primera vez, secamente, fué al interior y volvió trayendo en la mano siete sobres lacrados, numerados del uno al siete.

—¿Cuánto es?, le dije.

—Siete guineas, me contestó.

Nos saludamos, no nos hemos vuelto a ver, y solo sé de él que ha escrito un libro sobre Frenología.

Distribuí, entre los compañeros, el sobre que le correspondía a cada uno de ellos, echamos a andar y cada cual se enteró, riendo, frunciendo el entrecejo. El único que nunca nos mostró lo que Dónovan había dicho de su cerebro, fué Torcuato de Alvear.

A mí me decía más cosas buenas, que malas. Refiriéndose a mi intelectualidad, "verbigracia": "las facultades intelectuales de esta cabeza, son rápidas, claras y prácticas; pero carecen de profundidad y solidez..."

Y, aquí termino, arrancando esta página a mis recuerdos, y observando que, por lo mismo que la Frenología conduce al materialismo y al fatalismo, es bueno, si el cerebro es la mente, estudiar un poco esta rama de las ciencias humanas, en virtud de que, a mi entender, nuestra vida está gobernada por la "fatalidad y el libre arbitrio",—tesis y antítesis del ser—argumento o tema que se presta a largas disquisiciones, que no son para la hora de esta fecha en que hago punto final.

Lucio V. MANSILLA.

Un propulsor de nuestra marina mercante --Don Santiago Lambruschini y su obra

Hace pocos días, anunciaron los diarios que la empresa de navegación Santiago Lambruschini, había vendido toda su flota, y la noticia vino a dar marcado relieve a la figura de este hombre singular, ampliamente conocido en nuestros círculos comerciales, donde por espacio de medio siglo desenvolvió sus iniciativas con una constancia y actividad verdaderamente raras.

Desde la más humilde posición, Lambruschini fué ascendiendo hasta llegar a poseer una considerable fortuna, y ello lo debió únicamente a su fibra y a su tesón en el trabajo.

Cuando le visitamos, nos reveló, a través de sus 64 años, una naturaleza ágil y fuerte, capaz de recomenzar nuevamente la obra que hace diez lustros iniciaran sus bríos juveniles.

—Yo llegué al país—nos decía, relatando su historia—en 1856, cuando sólo contaba dos años de edad. Apenas pude servir para algo, empecé a trabajar en un almacén de comestibles que poseía mi padrastro, pero mi vocación me arrastraba lejos del pimentón y de los fideos. No sé si la circunstancia de que mi padre fué capitán náutico, y de que yo nací en la ribera de Génova, habrá influído en mi espíritu, pero es lo cierto que siempre me sentí fuertemente inclinado hacia las cosas del mar. Siguiendo, pues, mi impulso, abandoné el almacén, y en 1866 ingresé en los astilleros de don Sebastián Casares, situados en la Boca. Allí aprendí la construcción naval, y a los dos años ya fabricaba yo embarcaciones hasta de 20 pies de eslora.

—¿Cuándo inició la industria por su cuenta?

—El año 1870. Aunque sólo contaba con mis brazos, no hallé razón para que yo no tuviera un astillero propio, y resolví establecerme en un terreno situado en las calles Lamadrid y Pardo, donde construí el pailebot ''Rosa Florida'', de 50 toneladas, 20 varas de largo, 6 de manga y 2 de puntal. A esta embarcación siguieron los veleros ''Doña Juanita'', ''Mariquita'', ''Pasa por todo'', ''Crescencia'', ''Fidel Franco'', ''El Destino'', ''Normando'' y otros. Después ensanché la industria, y además de las construcciones, adquiría en los remates otros barcos para reformarlos o carenarlos. Recuerdo que compré las chatas de acero 18, 19 y 20, y, después de cortarlas, las alargué, dándoles una capacidad de 550 toneladas.

—¿Cuál fué su última construcción naval?

—''La Poderosa'', chata que con sólo nueve pies de calado, desplaza 1.150 toneladas. Fué botada en 1909, y es la única nave de esas dimensiones construída en el país por empresas particulares. Tuve el propósito de fabricar doce embarcaciones de este tipo, pero las continuas huelgas de operarios, que se sucedían unas a otras, me hicieron desistir por falta de brazos.

Convertido en armador, compré los vapores ''Lavalle'', ''Castelli'', ''Uriburu'', ''Nille'', ''Carioca'', ''Penélope'', ''Linda Elisita'', ''Río Uruguay'', ''Río de la Plata'', ''Colombia'', el pontón ''Carintia'', las chatas y veleros ''Plaza de Mayo'', ''Victorioso'', ''Saracca'', ''Vía del Salto'', ''Río de la Plata'', ''Dolia María'', ''Niágara'', ''Isolabella'', etc. En 1909 era el segundo armador de Buenos Aires, y alcancé el apogeo con una flota que valía un millón de pesos oro, destinada al servicio de pasajeros y carga. Por espacio de diez años sostuve una ruda competencia con Mihanovich, durante cuyo tiempo ninguna de las dos empresas logró utilidad alguna, pero yo me sostuve victoriosamente, gracias a la gran mascota que poseía.

—¿Qué talismán era ese?

—El vapor ''Colombia'', que, debido a su estructura y a sus máquinas, resultaba tan económico que no admitía competencia alguna. Marchaba a razón de 14 millas, y eran tan reducidos sus gastos que vivía con un presupuesto ínfimo. Baste decirle que en viaje de ida y vuelta a Montevideo, en cuya línea navegaba, apenas si consumía 12.000 kilos de carbón. Era un buque muy acreditado por sus excelentes condiciones marineras, y siempre tuvo flete y pasaje con exceso. El ''Colombia'' era, pues, un enemigo formidable, que debía desaparecer. Así fué que un buen día, dentro del puerto de Montevideo, el vapor alemán ''Schifler'' lo embistió de costado y lo echó a pique.

—Pero sería usted indemnizado.

—Esa es la parte más curiosa del asunto. Entablada la demanda, las autoridades uruguayas detuvieron al ''Schifler'', pero intervino el ministro de Alemania y el buque recobró su libertad, para ser, más tarde, apresado por los ingleses. Yo, entretanto, gané el pleito, pero al cabo de 9 años transcurridos, todavía no sé de dónde voy a cobrar los daños. Perder el ''Colombia'' fué para mí como perder el brazo derecho.

—¿En qué piensa emplear sus futuras actividades?

—En seguir por el camino elegido. Vendida la flota, proyecto crear otra. Cuento con el apoyo de la banca y del alto comercio y estoy dispuesto a establecer una nueva línea de navegación, con barcos hasta de 8.000 toneladas.

—¿A qué debe la agilidad y vigor que conserva?

—Pues al hábito del trabajo y al haber echado a un lado todos los vicios.

—Excepto...

—Excepto el yantar. Sobre este punto reconozco que soy un comilón, algo más, un tragón empedernido...

PROTEO.



Señor Santiago Lambruschini.



El señor Lambruschini, a los veinte años de edad, cuando ya hacía varios que era constructor naval



En el comedor de su domicilio, con su esposa, señora María Emilia C. de Lambruschini y sus hijos Rosa, María Emilia, Santiago, Alberto y Enrique.

Los socialistas de la sección 12



Continuando las jiras de estudio que han organizado los socialistas de la seccion 12ª y que dieran principio con una visita a los talleres gráficos del diario ''La Nación'', **el domingo último realizaron los afiliados de dicha zona su segundo paseo, dirigiéndose a la sección Recoleta de las aguas corrientes, donde inspeccionaron los filtros, maquinarias y demás instalaciones.**

Notas femeninas



Moda infantil

Junto con el otoño llegó su cortejo de fríos, vientos y lluvias, o sea el momento de renovar o completar el ajuar de nuestros niños.

Acostumbrados a los lindos días de sol y de calor, a las primeras mordeduras del aire frío del mes de abril se estremecen todos estos queridos niñitos nuestros, sobretodo cuando tienen, como suele ser en general, sus pantorrillas al aire... Es el tiempo de los enfriamientos, bronquitis, etc., etc., época que tantos sustos dan a las madres. ¿Queréis, queridas mamás, para calmar un poco vuestros justificados temores, que intentemos remediar este frío peligroso y juntas pasemos revista a todos nuestros modelos de esta crónica, dentro de los cuales os será posible elegir para vuestros niños, toilettes, sombreros, manteaux, etc.?

Para los unos emplearemos tejidos abrigados y confortables; para los otros, géneros flexibles y bonitos.

Si queréis, vamos a empezar por los dos modelos de sombreros para niñas, que encabezan la presente página:

Uno es sencillamente delicioso y hecho en terciopelo negro "con lissé", con un barbijo de cinta muy suelto, sujeto a cada costado con un ramito de rosas en tono viejo. El otro modelo tiene una pequeña ala levantada hacia arriba con unas grandes puntadas de seda "floche". La copa términa encima, por un pompón de seda. El modelo del traje que se encuentra en el centro es para una niña chica, siendo hecho con un paño cachemire color tiza, adornado con bordados en tono azul y rojo y bolsillos con tiras de piel de cisne, o conejo blanco. Este mismo adorno se repite en el sombrerito redondo.

Pasemos ahora al primer modelo, siendo un precioso traje en terciopelo rosa viejo, forma de blusa, adornado de un modo sumamente original bajo la forma de unos motivos de bordados de lana, en tono azul marino y amarillo.

Es completamente nuevo, joven y bonito. La toilette que figura bajo el numero dos, es para una niña de diez a doce años. La tela empleada, es un precioso terciopelo color ciprés. El cuello, los bolsillos en forma de cucuruchos, el cinturón y los puños son hechos en satín del mismo tono y llevan unos motivos bordados en pequeñas perlas multicolores.

Otro modelo lindísimo de traje para niña, es el que figura bajo el número seis. Está hecho en género de lana muy suave de tono neutro, hechura suelta con un original y nuevo cuello abierto sobre los hombros y luciendo a cada extremo una flor bordada. A la orilla de la faldita, bocamangas y cuello, un punto fantasía hecho en el tono del bordado de la flor del cuello.

Esto para las toilettes de las niñas; ahora examinemos los varios modelos de abrigos. El que figura bajo el número tres, es para una niña de cinco a seis años y está hecho en "thibettine" de un tono azul bleu muy pálido, adornado con unos pespuntes hechos con seda. El cuello, los puños y el manchón, redondo, son hechos con piel de conejo blanco.

Es en verdad encantador el "bonnichon" que acompaña este precioso abrigo, siendo hecho con una cinta de terciopelo negra y otra de seda "côtelé" en tono azul con una hilera de perlas azul, de madera. Las caídas de cinta atrás, son también de terciopelo negro.

El segundo modelo de abrigo, número cuatro, es en color verde roble, adornado con "matelassé" (acolchado) el gran "succés" del día. El cuello y puños son de conejo gris y el sombrerito en satín del mismo tono que el abrigo y con copa acolchada, sin adorno.

En fin, el último modelo o sea el quinto, es de terciopelo de lana; siendo un tejido de mucho abrigo puede pasarse sin forro. Su color es azul Nilo, con adornos de "djersagolf" azul y oro. El "djersagolf" que se hace en bandas de todos los tonos y combinado, ha merecido todos los sufragios de los grandes maestros de la costura.

Se le ve lo mismo bajo la forma de adornos, en las toilettes, como sobre los abrigos y esta mezcla de "tricot" con los géneros de lana, viene a dar un resultado precioso.

He oído a una mamá preguntar a otra cómo podría remediar el inconveniente de los trajes cortos para sus niñas, puesto que ocasionan fastidiosos enfriamientos. La lógica me mandaría contestar: simplemente alargándolos; pero como la moda no admite siempre la lógica, es más fácil hacer llevar a las niñas una pequeña enagua de fina lana o bien de franela, o mejor aún mallas o combinaciones iguales a las que nosotras llevamos y que se adhieren bien al cuerpo, dando el máximo de calor y ocupando el mínimo de lugar. Aquí tenéis otra combinación, queridas mamás, y es hacer llevar a vuestros niños, polainas que suban más arriba de las rodillas, y así compensan por su altura lo que el traje tiene de corto.

A. de DAUMONT.

TEATROS

"La loca del Azul"

Ha servido esta vez al señor García Velloso para tema de su nueva obra un asunto conocido y común en nuestra sociedad, cual es el de una vieja señora que sostiene y explica a cuantos quieren oirla que por propiedad inalienable de sus antepasados tal o cual fracción de terreno le pertenece. En los estudios de los abogados y en los despachos de los jueces es personaje bien conocido y bien temido sobre todo, el de la legítima dueña de tierras que muy a menudo están dentro del éjido de algún pueblo o ciudad del interior.

Indudablemente, en manos del autor de "La loca del Azul", el asunto ya de por sí interesante y risueño cobra aspectos de comicidad y adquiere relieves de indiscutible valor.

En repetidas ocasiones se ha acusado a don Enrique García Velloso de huir del ambiente familiar para plantear sus obras, pero esta vez el nombrado autor ha demostrado que si evita tal escenario para sus producciones es por que el género vodevillesco que con tanta frecuencia cultiva no es el más apropiado para ser tratado en el recinto familiar, desde que no es destreza y fecundidad lo que falta a este autor.

"Un yankee en lo de Ramona"

Ha hecho don Alfredo Méndez Caldeira una comedia amable, que hace reir sin esfuerzo y que divierte sin congestionar, lo que no es poco decir, ya que nuestros autores han caído en la manía de acumular incidencias, retruécanos y chistes más o menos chistosos, en busca del éxito que significa satisfacción a la vez que dinero, más éste que aquélla, casi siempre.

No ha buscado el señor Méndez Caldeira presentar en su comedia personajes nuevos, para satisfacer el insaciable deseo de novedades, de cosas y tipos no vistos, que hoy aqueja a nuestro público por culpa de autores y actores que hasta llegan a falsear los sujetos y los hechos para asegurar el favo de la concurrencia. Así ha demostrado el autor de "Un yankee en lo de Ramona" que con figuras vistas ya puede hacerse una bonita pieza cómica.



Señores Florencio Echenagucía y Manuel Díaz, barítono y tenor, respectivamente, que cantaron el 4 del corriente en el teatro Colón, con motivo del festival realizado por la Asociación de damas patricias. Ambos artistas, argentinos, que han llegado por el esfuerzo propio a dominar las dificultades del "bel canto", fueron felicitados calurosamente esa noche, la primera que se presentaron ante público.

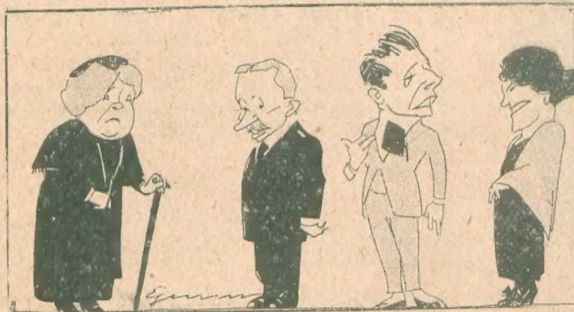
"La cuyanita"

Con este título estrenó el miércoles anterior la compañía del teatro Liceo una obra en un acto y en verso debida a la bien inspirada pluma del señor Edmundo Montagne.

La obra de un agradable corte en que lo dramático está matizado por discretos toques de comicidad consta de buenos versos sonoros e inspirados.

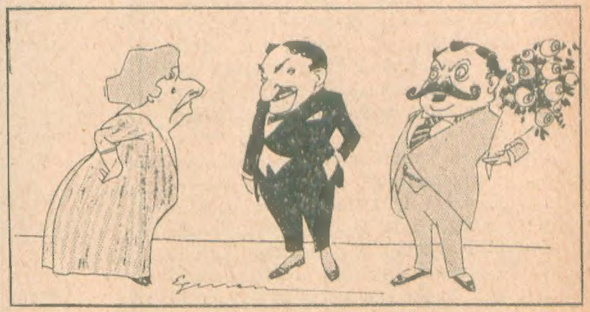
TRASPUNTE.

Dib. de Eguren



Victoria. — Señora González, señores de la Haza y Artigas y señora Díaz, en "Esperanza nuestra".

Pura Blaya, primera tiple cantante de la compañía Vittone-Pomar.



Argentino.—Señora Rico y señores Parravicini y Mangiante, en la obra "La loca del Azul".

El reportaje a Salvador Rosich



En este desfile de artistas teatrales que el año pasado iniciáramos, teníamos para Salvador Rosich reservado uno de los primeros puestos; mas, como nos pareciera que la forma en que desarrollabà su temporada la compañía Rosich-Ballerini no era precisamente la que más podía favorecer a aquel actor, nos abstuvimos de su reportaje, a la espera de mejor oportunidad, que hoy consideramos llegada y la aprovechamos para satisfacer esa deuda que ante nosotros mismos habíamos contraído.

Con la tranquilidad de espíritu y con la íntima complacencia del deudor que paga, nos disponemos pues a presentar al lector algo así como un retrato—malo, desde luego, e inconcluso, por añadidura,—moral o psíquico de este hombre de teatro, que vendría en cierto modo a complementar el fotógrafo con que iniciamos esta semblanza.

—Cuéntenos sus comienzos en el teatro—dijimos a Rosich al iniciar nuestra entrevista cuartillas y lápiz en mano.

—Empezé en España, con Bosque, por el ídem, como verdadera cuadrilla de bandoleros que éramos. ¡Qué tiempos aquellos de osadías y de hambres! Después volví aquí, hice una porción de cosas por ganarme la vida, estudié para proporcionarme la instrucción que mis padres quisieron y no pudieron hacerme dar, y por último debuté con Parra, en el Argentino, el 14 de noviembre de 1908. Se realizó así mi sueño dorado de la juventud... Cuando Battaglia se retiró de la compañía, yo fuí honrado ocupando su lugar.

—¿Su consagración como primer actor?

—La tuve con "El derrumbe" del doctor Vicente Martínez Cuitiño. Luego fuímos con Parravicini, Vittone y Pomar al Coliseo, y en 1910 pasé con Pepe Podestá al Apolo, donde hicimos "Tierra virgen", "La vida inútil" que me dió mi mejor éxito de esa época, y otras varias obras, entre ellas la revista "El centenario", que a la circunstancia de ser de actualidad añadía la virtud de ser bonita, y excelente como negocio. En 1911, con don Gerónimo, Blanca y Ballerini; en 1912, vuelta con Pepe en el Apolo, y el 13, formé compañía con la Gámez para el Nacional Norte. Luego estuve en el Nuevo con las señoras Pagano y Rico, y a mitad de temporada, cuando aquéllas se separaron, me fuí al Apolo, con Ducasse y Casaux.

—¿Exitos?

—El que obtuve en "La ofrenda" creo que ha sido el mayor que he alcanzado... Bien, en 1915 formaba parte de la compañía Pagano en el Apolo, cuando un día se nos anunció que en la noche del mismo el teatro no abriría sus puertas, dándose por terminada la temporada... El asunto era grave, había que buscarle una solución; cada uno expuso su idea y entre ellas fué la mía, que logré hacer triunfar. En el acto se decidió proseguir la temporada, sin ninguna interrupción. Como actores estábamos Casaux, Mary y yo, Camila Quiroga era la primera actriz, y las cosas marcharon de manera inmejorable. Fué el año en que estrenamos "El distinguido ciudadano". Al año siguiente se eliminaron algunos socios y quedamos tres solamente: Casaux, Mary y yo, e hicimos una temporada pecuniariamente brillante. Luego... la ambición pudo más que otros sentimientos y se me eliminó, para llevar al año siguiente a la señora Membrives. Tanta ingratitud me descorazonó y decidí irme a España; la Gámez me contrataba para el Princesa de Madrid... Estaba completamente decidido... pero llegó el día en que debía embarcarme y no pude... este país me atrae... siento mucho cariño por él... aquí me he hecho hombre y me he hecho actor... De los treinta y dos años que tengo he pasado en suelo argentino casi todos... Aquí están mis amigos... estoy casado con una argentina... en fin, que no pude irme. Formé entonces compañía el año pasado con Ballerini y luego esta con la señora Quiroga, y aquí me tiene, feliz, contento y optimista.

—Según hemos podido comprender por opiniones oídas, la pareja que forma usted con la señora Quiroga venía a ser algo fatalmente inevitable, algo que estaba en el ambiente, que todos deseaban.

—Exactamente, mi amigo; es el caso de los intereses creados, ni más ni menos. Creo que dentro de los elementos con que cuenta hoy el teatro nacional no podría hallarse una actriz y un actor que más fielmente se comprendieran y más íntimamente se necesitasen uno al otro.

—Así lo entendemos también nosotros; más aún, no sólo creemos que ustedes dos forman la mejor pareja que podría desearse, sino que también con la labor que realicen ha de beneficiarse nuestro teatro, levantándose de esa cierta postración que hoy sufre para llegar a un nivel que nuestra cultura y nuestro amor a las cosas nuestras reclaman imperiosamente.

—Así lo esperamos de buena fe, confiados en que nuestros esfuerzos tengan como premio la aceptación de parte del público que ya se ha delineado en los pocos días que llevamos trabajando en el Liceo.

—Nos agrada sobremanera dar con una persona satisfecha de la vida, en esta época en que el descontento ha llegado a ser un fenómeno social, algo así como el alma colectiva. Es reconfortante hallarse con un optimista, porque suele uno contagiarse de esa tan amable enfermedad.

—Sí, me siento satisfecho; tanto como puede estarlo el hombre que ha luchado toda su vida por llegar a ser algo y el actor que ha trabajdo diez accidentados años por alcanzar por sus cabales un sitio prominente, tan prominente como para no confundirse con nadie.

—Es cierto, es usted un trabajador infatigable; siempre lo hemos admirado como tal.

—Porque siempre he comprendido que sin trabajar y sin persistir no se llega a ninguna parte. Por eso tengo hoy el orgullo de decir que soy hijo de mis obras, y si he llegado al puesto que hoy ocupo no se lo debo a la suerte, sino a mi labor, y al público, a los autores y a los críticos que han sabido valorarla.

—¿Ha llegado usted entonces adonde deseaba llegar?

—Ni más ni menos. Si hoy muriera, moriría satisfecho.

—Que por muchos años todavía se vea privado entonces de tal satisfacción.

—Así lo espero, porque siento el egoísmo de querer saborear mi triunfo.

—Bien: díganos algo ahora respecto a la temporada de la compañía Quiroga-Rosich.

—Que de acuerdo con los sentimientos que animan a la señora Quiroga, a su esposo, mi socio, y a mí, hemos de conciliar el negocio fructífero con el arte sincero.

—Poco se avienen el corazón y el estómago... según dicen.

—Según dicen, sí; pero yo no lo creo; para mi son tretas de los comerciantes para conformar a los que gritan en defensa del buen arte. En toda mi carrera artística—y usted perdonará este exceso de personalismo, que no es vanagloria, sino sinceridad,—jamás he perdido de vista el arte, nunca me sometí a tal o cual tendencia porque se ganara más dinero; una prueba es la formación de esta compañía en un año en que hay seis o siete teatros dedicados al género chico nacional. Volviendo a su deseo, he de manifestarle que toda mi vida he soñado con una compañía como la que tenemos ahora, de gente buena que forma una gran familia y de actrices y actores de condiciones, que forman una compañía tan completa como tal vez hasta ahora no hemos tenido; con este elemento, con la inteligencia y la laboriosidad de la señora Quiroga, cuyas hermosas condiciones—tengo el orgullo de decirlo—he sido de los primeros en ver; con el conocimiento que del asunto posee don Héctor G. Quiroga y con mi dedicación, creo, mejor dicho, estoy seguro de que haremos una temporada brillante en todo sentido.

Y aquí pusimos final a la interesante entrevista con Rosich, el culto y mesurado actor, al que tanto debe el teatro argentino en su evolución.

Ernesto E. MARCHESE.

Las visitas de pésame

—¡Vengo extenuada! Esa visita de pésame ha agotado todas mis fuerzas.

—No me hable de visitas de pésame. Hace poco me vi obligada a acompañar a una amiga que por cumplir con una familia de su relación, iba a dar el acostumbrado pésame. Yo no considero a esto dar un pésame, que, cuando es sentido, equivale a decir: "Siento infinitamente su desgracia, y como amiga quiero levantar su espíritu". Esto sería, en efecto, expresar verdadera condolencia. Pero desgraciadamente, en esas visitas, lo que menos se demuestra es amistad y cariño.

Figúrese usted que cuando llegamos, ya había un buen número de personas, la mayoría con cara de ocasión. Todas adoptaban un aire compungido; pero se veía que ese dolor era exterior, que de él no participaba el corazón. ¿Es necesario llorar y poner cara desolada para testimoniarle a una amiga que la acompañamos en su congoja?

En fin... dejemos esta observación para más adelante, y continúo mi relato: allí estaba la señora, que había perdido a su esposo. La rodeaban sus hijas, pálidas, cansadas de las malas noches pasadas velando al lado del enfermo.

Empecé a sublevarme. ¿No era mejor que esas amigas, en vez de condenar a esa familia a una nueva violencia, a un nuevo dolor, la dejaran tranquila para obtener el descanso que sus pobres cuerpos estaban exigiendo? Pues no; desde las tres de la tarde las visitas se habían sucedido. Algunas se quedaban hasta después de las doce de la noche. Y esto era para acompañarlas. Piense usted que esta compañía obligaba a la familia a renovar a cada instante el recuerdo de esa muerte dolorosa: "Señora, cuánto siento; parecía tan sano; y ¿cómo fué?, ¿qué tuvo?, ¿qué dijo antes de morir?, ¿se despidió de ustedes?, ¿las conoció?, ¿tuvo una agonía muy larga?" Estas y otras que no recuerdo, eran las preguntas de las piadosas amigas que habían tomado como misión el mitigar esa pena.

Y la pobre señora y las hijas, entre sollozos, con un dolor intenso, debían repetir todos esos pormenores que ellas ansiaban alejar de su imaginación. Yo callaba, avergonzada de esta tiránica sociedad que cree consolar abriendo más y más una llaga...

—Lo mismo me ha pasado a mí esta tarde. Yo, que quiero mucho a mi amiga, comprendí el esfuerzo espantoso que hacía para satisfacer todas las preguntas que le hacían. ¡Pobre amiga! Lo que ella necesitaba era echarse entre los brazos de quien la comprendiera, llorar mucho, en silencio, y después recibir en ese mudo abrazo una esperanza, un consuelo...

—Pero, dígame, ¿no cree inútiles esas visitas de pésame? Ellas no son de ningún beneficio, porque en vez de consolar, enervan y enferman. No me aparto de que en los momentos de aflicción todos necesitamos tener alguien a nuestro lado; pero no para avivar nuestro dolor, sino para aplacarlo suavemente, haciéndonos olvidar esos instantes de separación. Allí es donde se pone en evidencia la verdadera amistad.

—Hoy, en la casa de mi amiga, había una cantidad de personas que no conocía, que, quizás, apenas las conocía ella misma, y que habían ido a darle el pésame, con deseos de tener luego algo que contar.

—¡Eso es una crueldad inaudita! Y hablamos de los tiempos de los bárbaros, cuando en pleno siglo de luz y de progreso, imponemos a un pobre ser un martirio lento e interminable!... Yo me rebelo contra esas costumbres sociales.

¡Cuántas veces algunas de mis amigas, con fastidio me decían: "Tengo que hacer tres visitas de pésame. Las hago en un mismo día para librarme de una vez"! "¿Y por qué vas si no sientes verdadero pesar por la desgracia de tus amigas?" "¡Cómo quieres que no vaya! ¿Qué dirían de mí?" Y por lo que podrían decir, se hacía las tres visitas de pésame, así como quien toma un remedio.

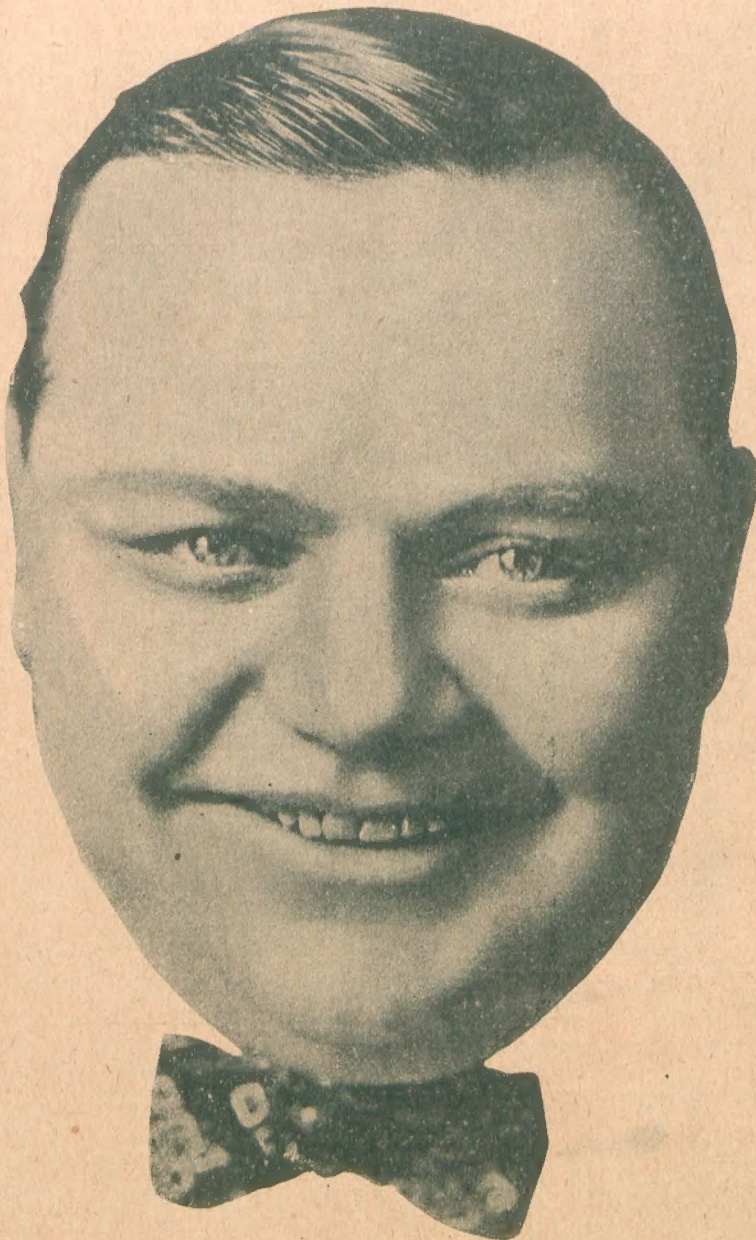
¡Pobres amigas las que han perdido alguno de los suyos! Las compadezco más que por el dolor de la muerte, por el suplicio que les impone la sociedad con las "obligadas" visitas de pésame.

—Yo había ido hoy con el deseo de acompañar a mi amiga y ayudarla en lo que me fuera posible, y apenas he podido dirigirle la palabra. No la dejaban tranquila un solo instante. ¡Cómo ha de estar de cansada!

—Le aseguro que yo no he vuelto a hacer una visita de pésame. Reemplazo mi persona con una tarjeta que tiene el don de ser breve; y si la amiga es de las que quiero mucho, entonces voy a verla cuando no hay visitas y trato de reanimar su espíritu. Y ¿creerá usted? A veces tengo el atrevimiento de describirle las visitas que vendrán y logro hacer sonreír a la amiga, que tal vez piensa como yo, que las visitas de pésame son uno de tantos absurdos sociales...

Carmen SELVA.

Cinematográfica



Roscoe Arbuckle el famoso artista cómico de cinematógrafo a quien quieren parecerse todos los niños del mundo que lo han visto en los films, a pesar de sus cien kilos con la yapa.

FORTIN

El jefe, diez soldados, pampa plena,
el mirador, la fosa, los bridones,
lanzas, sables, fusiles, municiones
y perros, recelosos, a cadena.

De noche, por las ánimas en pena
de cristianos caídos en malones,
los vigías entonan oraciones
y la superstición se les serena.

Atalaya perdida en la frontera
que circunda la gente aventurera,
el fortín de los bélicos tropeles,

rememora perínclitos guerreros,
en labrar la riqueza los primeros
y en la victoria ¡patria! sin laureles.

BENIGNO B. LUGONES.

Sermón convincente

Entre los sermones más breves y originales se cuenta el pronunciado por el célebre orador Stenley cuando, en su juventud, era párroco de Newbury, en el distrito de Berkshire. Como las rentas de su cargo no bastaban para mantenerle y veía muy escaso celo en sus feligreses, resolvió abandonar su parroquia y establecerse en Londres. Anunció que pronunciaría su último sermón. La iglesia se hallaba concurridísima. Luego de haber explicado brevemente su resolución, Stenley terminó diciendo:

"Creo haber demostrado las tres proposiciones de mi discurso: 1.°, que Dios no los ama; 2.°, que ustedes no se aman los unos a los otros; 3.°, que ustedes carecen de fe. Si Dios les amase, los castigaría según la máxima: "Quos amat, Deus castigat". Y bien; testigo es el cielo que desde que estoy en este pueblo no he hecho ni tres entierros; por consiguiente, Dios no los ama. Si ustedes se amaran tendrían hijos; y no he celebrado ni dos matrimonios ni dos bautismos desde que soy párroco. Por último, si no les faltara la fe, no me habría visto obligado a vender mis muebles cuando tuve necesidad de dinero: nadie tuvo bastante confianza en mí para prestarme un chelín. Así, pues, detestados por Dios, enemigos unos de otros y sin fe ni caridad, si no tratan a mi sucesor mejor que a mí, todos serán condenados. Adiós."

Generosidad

El vagabundo vió a la señora—una anciana de bondadoso rostro—asomada a la ventana y se dispuso a poner en práctica la operación con que siempre enternecía hondamente a los corazones caritativos. Se echó al suelo y comenzó a comer el césped al pie de la ventana. Como él lo esperaba, la dama preguntó:

—¿Qué está haciendo?

—¡Tengo hambre!

—¡Pobre hombre!—exclamó la anciana benevolente.—Vaya al otro lado de la casa: el pasto es más alto.

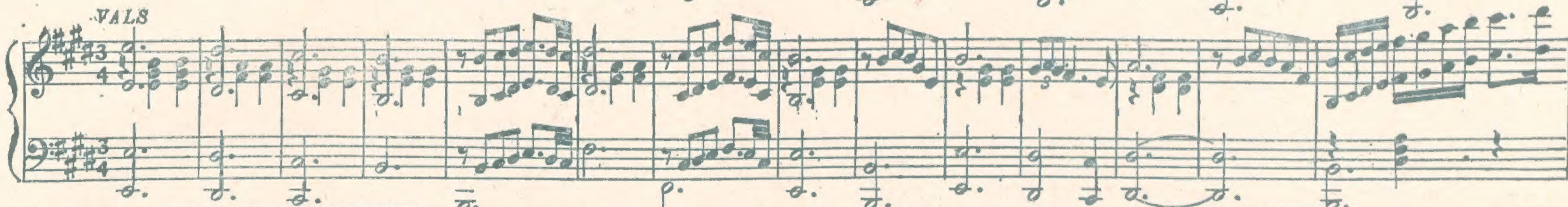


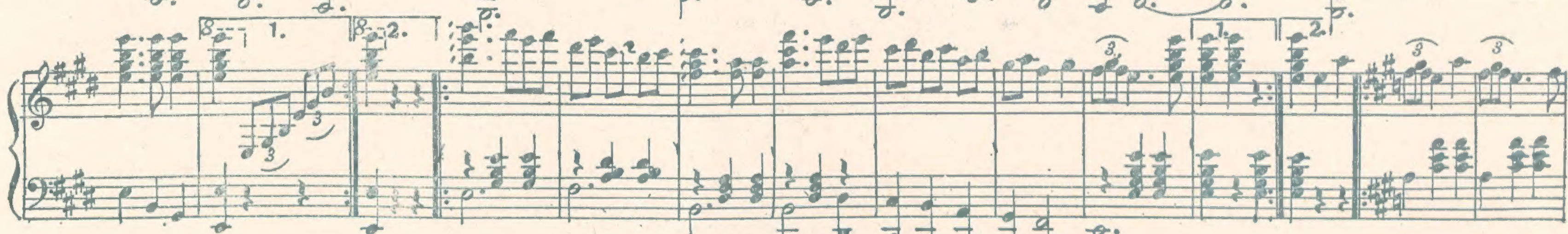
Claveles rojos

Vals Boston

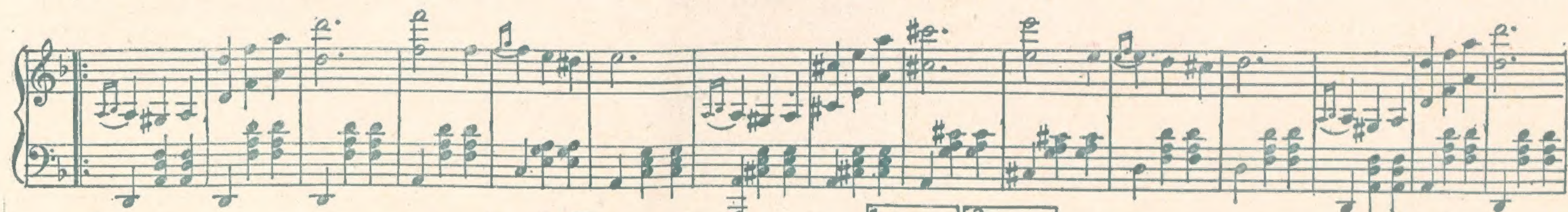
por CARLOTA A. LAPORTE



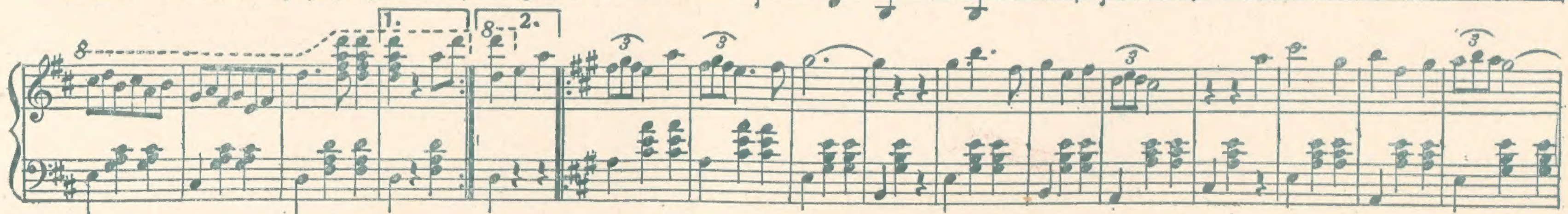
















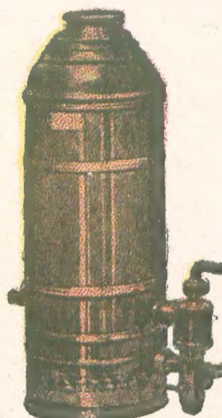


Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



Avisos ilustrados







EL PUEBLO ALEMÁN Y LAS CARGAS DE LA GUERRA



—Mire al pajarito de la Paz y sonríase.
(De "Baltimore American")



FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS JUEVES

Oficina: BOLIVAR 580
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ oro 2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5.00			Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Semestre	„ „ 4.00	Año	„ 11.00
N.º suelto	20 cts.			N.º suelto	25 cts.
N.º atrasado	40 „	Año	„ „ 8.00	N.º atrasado	50 „

Dirección y Administración: Unión Telefónica, 184 (Avenida)

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

